

J. A. M.

EL DESFALCO

COSTUMBRES CONTEMPORANEAS



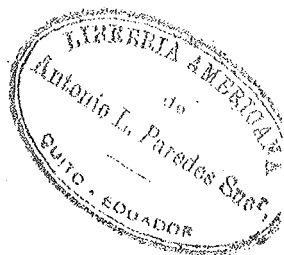
AMBATO.

1927.

Imp. "El Pueblo".

EL DESFALCO

ES PROPIEDAD





EL DESFALCO

I

El tren de pasajeros llegó a la Estación de Chimbacalle por la noche, con tres horas de retardo, por el descarrilamiento que poco antes, había sufrido uno de carga entre Machachi y Tambillo. Felipe Aldama que, como viajero práctico no llevaba otro equipaje que una sencilla maleta, la puso junto a él en un automóvil, y se dirigió a la ciudad, después de dar al chofer la dirección del Hotel en el que se iba a hospedar.

Ya desde Machángara, observó Felipe los cambios efectuados en la Capital ecuatoriana en el transcurso de los veinticinco años que había estado ausente: alumbrado público más intenso y profuso; pavimento de asfalto, mayor movimiento y ruido por las calles, y por distintos lados, edificios nuevos de tres y cuatro pisos de lujosa arquitectura, vistos al menos a la luz artificial.

Al penetrar a la antigua calle del Correo, la impresión fue todavía mejor: el pavimento pulido por el continuo rodar de los autos, reflejaba la intensa iluminación de Hoteles, tiendas y lujosos almacenes; los tranvías circulaban repletos de

gente; en las aceras, un no interrumpido circular de personas casi todas bien vestidas y alegres. Por donde quiera se oían risas femeninas, conversaciones en alta voz, timbres de los tranvías, bocinas de los autos; y un momento, los suaves acordes de violines y flautas que se escapaban de un Hotel en el cual se comía al son de una orquesta.

El elegido de antemano por Felipe, con su vestíbulo alumbrado a *giorno*, sus escaleras alfombradas, las gentes de servicio pulcras y atentas, las habitaciones limpias, confortables y hasta lujosas, fué toda otra grata sorpresa para Felipe, la que siguió en aumento, cuando después de sacudirse el polvo del camino, penetró al comedor. Allí, dominaba entre los concurrentes el elemento extranjero, de lo que pudo cerciorarse, así por los tipos que se sentaban a las mesas, como por los diversos idiomas que se oían. En el elemento nacional, se dejaba notar por las ruidosas carcajadas, un grupo compuesto por individuos de alguna de las provincias, pues de una de ellas, de sus cosas y personas, trataban en alta voz, haciendo gran consumo de vinos y licores, y llevando enloquecidos a los mozos de servicio, pidiéndoles cien cosas a la vez. No menos bullicioso era otro grupo que discutía acaloradamente sobre asuntos relativos al sport: se habló de las últimas carreras del Hipódromo; de un desafío interprovincial de fútbol, se citaron los nombres de diferentes *teams*; y por fin, las preferencias distintas que cada cual tenía por los grandes astros del boxeo, éste por Firpo, el ótro por Dempsey, y aquel por Tunney, por poco no degenera en un alboroto fenomenal.

Felipe, retirado en un extremo del amplio co-

medor. observaba estas escenas, y se ponía a compararlas con las del Quito de su primera juventud de estudiante de provincia, allá, en los remotos tiempos de García Moreno y Veintemilla. Recordaba que en ese entonces, el viajero que llegaba a Quito, si no tenía amigos o conocidos que le atendieran, se veía obligado a hospedarse en una de las dos vetustas casas de Pazmiño, en cuyas inmundas habitaciones, no existía ni sombra de la menor comodidad. ni otra persona de servicio que el indio *guasicama*, a quien se le mandaba a comprar una vela para alumbrarse. Respecto de comida, si llegaba tarde, tenía que contentarse con lo que le daban, en cualquier fonducho, probablemente, las sobras de los comensales de ese día.

Recordaba también, que a las nueve de la noche, las calles de la ciudad se hallaban casi desiertas, apenas alumbradas a trechos por moribundos faroles con velas de sebo; y que sólo turbaba el silencio nocturno, el tañido acompañado y triste de las campanas de un convento de monjas. A veces, en los portales de la Plaza Mayor, se oían las pisadas de un caballero, quien envuelto en su capa española, con aquel aire señoril, que presta esa prenda, se dirigía lentamente a su casa. Las noches de retreta, llegaban hasta uno, los acordes lejanos de una banda militar que se encaminaba al cuartel; y como algo perpetuo, que no callaría nunca, el ruido de los chorros de agua de la fuente central...

En medio del murmullo de las conversaciones, de las llamadas a los mozos de servicio, del sonido de la vajilla, y la animación del ale-

gre comedor deslumbrante de claridad. Felipe fue cayendo en una dulce al par que amarga tristeza, al sentirse como descentrado y extraño en una ciudad que le parecía otra distinta de la de su juventud. Era como nostalgia de los años tan felices de estudiante, transcurridos en un medio ambiente tan familiar e íntimo como era el Quito antiguo para sus habitantes. Hoy, todo transformado, o en vías de transformarse, el aspecto, las costumbres, todo encaminándose, cual sucede en el mundo entero, a borrar el menor rasgo de originalidad, a vestir las ciudades y los pueblos una cómo librea uniforme cortada en un mismo patrón; llevándose él empeño de modernización hasta el punto de que, en medio de la universal monotonía, los espíritus soñadores, los nostálgicos de lo pasado, con trabajo han de encontrar encanto, descanso para su alma, en algún rincón perdido y olvidado para los *fabricantes* del moderno progreso, y de la felicidad universal.

Por otro lado, sabía Felipe que sus compañeros, amigos, o aun simples transeuntes con quienes se topaba diariamente por las calles, habían casi todos desaparecido. Y la misma muchacha, que, con sus grandes ojos azules, puros ó inocentes, fué el cielo radiante de su juventud, la que infundió en su alma las delicias del primer amor, muerta talvez, y sus huesos confundidos con mil otros en horrible y revuelto montón; o quién sabe, si en esa misma hora, llamada a coro por la triste campana, recorría lenta y encorbada por la edad los oscuros corredores de un monasterio, en el cual, casi muerta en vida, es:

tremecíase aun con el recuerdo del castísimo beso que se dieron con Felipe al despedirse para siempre.

II

Al día siguiente se despertó el viajero con el tañido de las campanas de los templos de la ciudad, tañido tan familiar a fuerza de continuo, que sus moradores reconocen al punto a qué iglesia corresponde, pero que a la larga resulta fastidioso aun para ellos mismos.

Al asomarse a la ventana, vió que hacía una de aquellas mañanas de Quito de sol radiante, y cielo azul que no tienen igual, sobre todo, después de una lluvia nocturna.

Pronto estuvo Felipe en la calle, y a la luz del día, comprobó lo que hubo observado la víspera, es decir, la rápida transformación que iba efectuándose en la ciudad, debida principalmente a los modernos edificios públicos y particulares, algunos de los cuales eran notables por su aspecto monumental, otros por lo recargado de la ornamentación, y algunos más, por su pretenciosa grandiosidad. Intercaladas, se mostraban todavía bastantes casas antiguas, las que, con sus aleros colgantes a la calle, parecían avergonzadas entre sus orgullosas vecinas. Además, la ciudad iba ensanchándose escalando las pendientes del Panecillo, Ichimbía y las bases del Pichincha, al mismo tiempo que en los hermosos planos del norte, va diseñándose la ciudad futura. Todos estos diversos ensanches, llevan los nombres de *ciudadelas*, lo cual, al ser conocido fuera del país, ha de hacer que se suponga que Quito es una

plaza fuerte de primer orden. Designar a esas nuevas secciones con el nombre de *barrios*, que es el que les corresponde, era algo que sonaba a plebeyo, algo poco aristocrático, que no se conformaba con los pujos de grandeza y ostentación a que somos tan apegados no obstante nuestra pobreza. Estos mismos pujos de grandeza, hace que bauticemos con los nombres de "Imperial", "Royal", (ni siquiera en castellano), cualquier bebedero humano, cualquier Hotel de tercer orden, cualquier fonducho. Y los mismos conatos, pero estos de extrangerismo, son la causa de la ridiculez de plantales nombres, en inglés, por lo regular, a empresas, sociedades comerciales, y otras asociaciones análogas, compuestas de ecuatorianos de pura sangre. Inocentes necedades que a nadie causan daño, pero que son reveladoras de nuestro estado social, ostentoso y fanfarrón.

A medida que avanzaba la mañana, iban acrecentándose el movimiento, el ruido y la animación, sobre todo, en la parte central de la ciudad, y en las calles que de Machángara se dirigen al Ejido (hoy Parque de Mayo). Los automóviles, y los camiones corrían veloces por el terso pavimento; grupos y parejas de muchachas bonitas, vestidas como figurines, con aquel andar de aves de pantano a que les obliga la altura inverosímil de los tacones, circulaban por todos lados, saliendo de las iglesias, entrando a las tiendas y almacenes, o deteniéndose ante las vitrinas en las que se exhiben prendas y chucherías de lujo, sin desdeñar codiciosas miradas a las mil golosinas que por donde quiera se mostraban tentando a los transeuntes. Entre éstos,

eran también numerosos los oficialitos muy orondos y tiezos en sus uniformes, codeándose con monjas de la Caridad, bajo cuyas tocas blancas, que parece, van llamando cuando marcha la que las lleva, se descubren a veces caritas preciosas que invitan a preguntarse, en medio de la casi desnudez universal de las mujeres: cómo serán las piernas de esta linda muchacha? estas mejillas suavemente rosadas, y estos labios encarnados, serían más sabrosos para el beso, que los labios púrpuros, y las mejillas de santa de iglesia de pueblo de aquella muchacha que pasa.....? En medio de estas figuras bien trajeadas y limpias, contrastaban desagradablemente las sucias cocineras con sus canastos, y los campesinos emponchados que boquiabiertos, se detenían a cada paso interrumpiendo el tráfico.

Las campanas de los templos, continuaban desgranando sus toques agudos o graves en el aire puro de la mañana; a la distancia se oían los acordes de una música militar, en el acto de izar el pabellón en algún edificio público, al mismo tiempo que los atiplados sonidos de las cornetas de un batallón que se dirigía al campo de ejercicios; recordándole a Felipe, que repiques de campanas y toques de cornetas, eran como antes, los ruidos familiares y dominantes de las mañanas de Quito.

Como antaño también, y como una escena típica é inmutable, pudo Felipe observar los numerosos grupos de gentes desocupadas que en los portales o en las bancas de los jardines de la Plaza mayor, se estaban allí riéndose a carcajadas con las *ocurrencias* de un chusco que comen-

taba con agudo ingenio los sucesos del día, refiriendo el apodo con que le habían bautizado a fulano, o una nueva enorme sandez atribuída siempre a algún conocido tipo de la ciudad; o, en fin, el escándalo dado por la zutana; o el *chivo* fenomenal de la víspera en una cantina de tono, ocurrido entre militares, altos empleados públicos, costeros ricachos y meretrices de subida cotización. Y de estos grupos, todos, o los más, en medio de sus alegres risas, vivían abrigando la esperanza de conseguir un puesto cualquiera en la administración pública, ya que, por desgracia, las *ocurrencias* por agudas y peregrinas que sean, no dan para comer y vestir.

III

Había recorrido Felipe varias calles y plazas de la parte central de la ciudad recogiendo unas cuantas observaciones de diversa índole: aquí, que no se les haya encerrado en una casa de orates a quienes *modernizaron* y *embellecieron* la Plaza de San *Francisco* para dejarla tal como hoy se encuentra; más allá, el variadísimo muestrario arquitectónico de puertas, ventanas, cornizas y columnas que ofrece la nueva Universidad; y por todos lados, la general afición a los deportes, pues hasta el pilluelo más desarrapado, corre dando puntapiés, aun cuando no sea sino a una *pepa* de aguacate; mientras que, a poca distancia, otros dos que se encuentran, se plantan frente a frente en posición de boxeadores.

Vagaba Felipe viendo estas y otras variadas escenas que se presenciaban en las calles de toda ciudad, cuando, al volver una esquina, topó de

manos a boca con su antiguo amigo y condiscípulo Juan Antonio Revelo, el querido *sipo* Revelo, como le nombraban cariñosamente cuantos le conocían. Verse los dos, sorprendidos de encontrarse, reconocerse, y echarse el uno en brazos del otro, fue obra simultánea y de un instante.

--Qué gusto, qué verdadero gusto tengo de verte, exclamó Felipe, yo que iba perdiendo la esperanza de topar con una cara conocida en toda la mañana!

Juan Antonio manifestó que así mismo se hallaba muy contento con el encuentro; y luego, cogiéndose los dos del brazo, echaron a andar, haciéndose mil preguntas y parándose a ratos para acentuar con ademanes las frases que se cruzaban.

Al pasar junto a las puertas de un lujoso y concurrido Bar, Juan Antonio deteniéndose, dijo:

—Entremos, podemos conversar mejor sentados; he tenido una mañana muy ocupada, y quiero descansar un rato. Desearías un cocktail?... aquí lo preparan bien....

Junto a una mesa, y paladeando a sorbos el licor pedido, continuaron su charla los dos amigos, evocando antiguos recuerdos, y preguntándose el uno al otro noticias de compañeros, casi todos muertos o desaparecidos.

—Qué quieres, dijo Juan Antonio, han pasado tantos años....! y con todo, a tí te encuentro poco cambiado desde la última vez que nos vimos.

—Así te parece? y sin embargo han transcurrido más de veinticinco años....

—Tantos....?

—Ni más, ni menos.

—Como pasa el tiempo....! entonces, ha-

brás encontrado que Quito es otro, y que hay gran adelanto en todo.

—Muy cierto, es ya una ciudad distinta de lo que era la última vez que estuve aquí.

—Pero vaya. es de no creer, que no hayas venido en tantísimo tiempo, y más ahora con las facilidades del tren

—Verdaderamente que es raro, pero, ocupaciones que no me dejan; dos viajes fuera del país que tuve necesidad de hacer enfermedades, y sobre todo, con la vejez, me he vuelto muy casero, con mis manías, y vaya poco me gusta cambiar el género de vida que llevo.

—Eso sí, Felipe, haciéndote plata; apostaría que has de tener ya tu milloncito...

—Yo .. ? já .. já .. já... por qué te imaginas que soy rico .. ?

—Porque recuerdo que eras dueño de unas haciendas, y hoy, los hacendados ganan un platal, por supuesto, que matándonos de hambre a los que compramos hasta el agua que bebemos.

—Hola ! veo que tú, como todos los empleados públicos .. porque, sigues empleado, nó ... ?

—De lo contrario, con qué cómo?

—Pues bien, todos ustedes viven persuadidos de que los *enhacendados*, como nos llaman, estamos nadando en plata, adquirida con el hambre y desnudez de los que no tienen haciendas, cuando lo cierto es que los empleados viven de la escasez y miseria de la mayor parte de los que trabajamos la tierra. Cada día, se inventan para nosotros nuevas contribuciones; para qué no nos sacan el dinero! estatuas, parques, caminos ima-

ginarios, canalizaciones, clubs de agricultores ricos, todo lo pagamos, y aunque sequías, heladas, granizadas y todos los demonios juntos le dejen a uno *frito*, afloje usted el bolsillo. Y a dónde va esa plata? donde ustedes, que sentados con poco trabajo, no tienen que esperar sino el fin del mes. Ustedes en la ciudad pueden divertirse con teatro, cine, toros, carrera de caballos y lo demás, nosotros, mientras tanto, en iras perpetuas con los robos, los tinterillos, y con cuanta calamidad han inventado Dios y el diablo. No sabes, hijo, la suerte perra de los infinitos que como yo, tenemos que vivir de la chacarería, cuando lo que tu llamas mis haciendas, son dos pegujales que apenas me dan lo necesario para vivir pobremente, y esto a fuerza de *fregarse* de enero a enero . . .

—Hombrel no exageres.

—No hay ninguna exageración en lo que te digo. Los únicos agricultores ricos en el interior, son los que han conseguido fundos en arrendamientos en condiciones excepcionales; o los que heredaron dos o más inmensas haciendas, que casi no las conocen. Los administradores de esas haciendas, sí hacen fortuna, pero son tan grandes, que siempre queda lo necesario para que sus dueños vivan como potentados aquí o en Europa.

—Carambal que sigues tan pesimista como antes.

—Talvez un poco más; he llegado a los cincuentinueve años, y a esta edad no se ven las cosas como en la juventud, y mucho más en nuestra tierra.

—Con todo, te conservas bien, nadie al verte, te daría los años que tienes. Yo, que ape-

nas te paso con tres, estoy lo que se llama viejo; pero, qué quieres, Felipe, he pasado días muy negros con las revoluciones y los cambios políticos. Y cuando hay que atender a las necesidades de una larga familia, y en estos tiempos en que todo cuesta un ojo de la cara, la plata se va cómo agua. Y como, dígame lo que se quiera, es necesario conservar la posición social. . . .

Permíteme que eche uno bien rasgado, exclamó Felipe interrumpiéndole a su amigo, yo he visto infinitas veces, cómo la tal posición social, si no está respaldada por una buena fortuna, ha causado más ruinas que un terremoto; y que detrás de unos días de bambolla, vienen otros eternos de vergüenzas y humillaciones, en los que todas las puertas se le cierran a uno, y le andan a huir hasta los mismos que la víspera comieron y bebieron en su casa.

Después de pronunciadas estas palabras, notó Felipe que su amigo se quedaba pensativo, con los ojos fijos en el suelo, y como dominado por una preocupación que le hacía enarcar las cejas.

Este momento de silencio, fue turbado por un grupo de cinco muchachas y tres jóvenes que, en medio de risas argentinas penetraron en el Bar, cuya atmósfera se vió al punto impregnada de perfumes. Ellas, casi todas bonitas, pertenecientes a buena sociedad, con aquel aire de universal semejanza que se nota en el día a causa del uniforme colorido de los afeites, de la pintura de los labios que trata de simular en todas, bocas pequeñitas y purpúreas; a causa también, de las exageradas ojeras, y de las cejas en arcos finos

a fuerza del diario ejercicio de las pinzas. Los sombreros, de formas casi iguales, ocultando cabezas más tranquilas en la nuca que las de los hombres, y mostrando en el cuello el paso fresco de las navajas. Las piernas sí, con finas medias caladas, descubiertas hasta la rodilla, ofrecían diferencias de forma y gordura. En todas, en fin, en medio de su inconciente y cándido impudor, algo como un grito de independencia, de reto a viejas costumbres y preocupaciones; y quizás también, una ansia no bien definida y remota de reunir en un mismo ser las seducciones de los encantos femeninos, a los atractivos de una virilidad de efebo sana y armoniosa. . . . Simple *camouflage*, a que en defensa de su poder amenazado, se ha visto obligada la mujer en las viejas sociedades corrompidas y decadentes, y que luego se ha extendido por el mundo en forma de moda . . .

Ellos, cual todo elegante del día, copiando a los fashionables entrevistados en las pantallas del Cine; afeitada escrupulosamente la cara, en la que se dejaba ver una sospecha de polvos de talco. La ropa, como recién salida de manos del sastre, sin el menor pliegue en el pantalón. Los tres, usaban anteojos redondos con cercos oscuros; flor en el ojal, el *canotier* medio ladeado, y un aire de cansancio, hastío y suficiencia que es el *sumum* de la distinción.

Juan Antonio se adelantó a saludar al bullicioso grupo, y después de un rato de conversación con él, se volvió a su puesto diciéndole a Felipe:

—Son amigos íntimos de mis hijos.

Mientras tanto, dos de las muchachas, ante los espejos del Bar, sacando sus estuchitos de belleza, se pusieron a rectificar la pintura de los labios, y a darse de polvo en las mejillas con minúsculas motitas. Otra de ellas, sentada en una silla, puesta una pierna sobre la otra, mostrando parte del poderoso muslo hasta los pliegues del pantalón, se ocupaba en lo mismo que sus dos amigas, pero, mirándose en el espejito de su monísima cartera. Las otras, andaban escogiendo las golosinas para las que habían sido invitadas por los jóvenes.

Uno de éstos, el de más exagerada elegancia, se acercó a la mesa en la que bebían su cocktail Juan Antonio y Felipe, y después de una ligera inclinación de cabeza dirigida a Felipe, y luego de excusarse de aceptar un cocktail que se le ofrecía, dijo:

—Por sí Juanita y Enrique se olviden, hágame usted el favor de decirles que mañana, a las ocho, vamos por ellos; que se hallen pues listos; porque, aunque los autos son de ochenta por hora, hay alguna distancia a Tesalia, y se debe contar siempre con las *pannes*, como el otro día que, por la borrachera del bruto del chofer, casi nos quedamos untados en el camino. Pero, después, *mon Dieu!* lo que nos reimos con los miedos de Juanita! figúrese usted que le hicimos creer que había una partida de ladrones en Santa Rosa que eran unos desalmados con las mujeres que caían en su poder....!

—Si, como que mis hijos llegaron a casa a las dos de la mañana, y mi mujer ya se moría de inquietud. Ojalá no vuelva a suceder esto.

—Nada, no fué sino un sustito...con qué, no se olvide, a las ocho... y ustedes permiten...? y diciendo así, fue a reunirse con sus amigos, quienes se habían instalado en un gabinete vecino.

—Es un mozo simpático, dijo Juan Antonio, y como ha vivido algunos años en Europa, es muy bien educado. Dicen que es el que mejor baila en Quito los bailes modernos, y hasta ahora, nadie le vence en el tennis.

La conversación y chacota del grupo de jóvenes, llegaba clara y distinta a los oídos de los dos amigos, pues apenas les dividía una cortina japonesa. Las muchachas hablaban de la suntuosidad con que estaba celebrándose un triduo en la Compañía; pero enseguida, una de ellas, refirió que la víspera había asistido a un té bailable, con la correspondiente crítica de los vestidos de las concurrentes a esa reunión. Uno de los jóvenes dijo que se aseguraba que la famosa completista X, anunciada como de fama mundial, y que cantaba en uno de los teatrillos del Cine, no era la auténtica, sino una triste falsificación, por más que ella le había confiado a un reporter de un periódico, que las noches de Quito, le recordaban las noches inolvidables de París. (*)

--Ja...ja...ja...! exclamó el mozo venido de Europa, *quel toupet...!*

—Todos estos temas de conversación se olvidaron pronto para tratar de las películas de la víspera en los diferentes Cines de la ciudad. Con este motivo, cada cual fue exponiendo las prefe-

[*] Histórico.

rencias que guardaba para éstas o aquellas estrellas o astros de la pantalla, principalmente de los méritos respectivos en las escenas de apenas velada lubricidad; lo cual dió lugar a que los jóvenes, y en especial, el educado en Francia, hicieran apreciaciones y lanzaran conceptos, que hasta hace poco, habría parecido increíble, que se pronunciaran delante de muchachas honradas. A lo más, cuando el comentario picante o el chascarrillo de verde subido, promovían grandes risotadas de los hombres, una de las jovencitas doblando un periódico que encontró por allí, le daba en la cara al cuentista diciéndole:

—Deslenguado !

De rato en rato penetraba al gabinete un mozo de servicio, llevando copas de cocktail whisky, *cremas*, o bomboneras con golosinas.

Un joven que asomó en aquel momento, pálido, esquelético, metido en su sobretodo, y envuelta la garganta en un pañuelo de seda, fue al punto el objeto de las pullas de sus amigos.

—Aquí viene el inválido

—Hijo, te vas poniendo transparente

—Ya sabes que el Gobierno estudia el proyecto para establecer el matrimonio eugénico . . . ?

—Retírate un poco, porque apestas a hospital . . .

—Sigues como los alacranes, pinchándote tú mismo ?

—No sean malos, insinuó una de las muchachas.

—Ustedes son atroces, añadió otra.

—Por qué tanto escándalo, dijo el joven venido de Europa, sentado en una silla, extendidas

las piernas, metidos los pulgares en los hueco mangas del chaleco, y alentando los otros dedos sobre el pecho—*mon Dieu!* cada uno es libre de hacer lo que le da la gana; vaya, que aquí seguimos siendo beatos y gasmoñeros! Escándalo, porque este pobre *chulla* es aficionado a los paraísos artificiales! En París, todas mis amigas no salen a la calle sin llevar en su *pochette* la Pravaz, y su frasquito de eter o cocaina, y nadie se escandaliza, al contrario eso es de un *vlan*, de un *chic* ... Con razón aquí todavía se alarma la gente cuando se habla del amor libre ...

—Que también es muy *chic*, le interrumpió riéndose uno de sus compañeros.

—Ya lo creo, y muy cómodo ...

—Qué porquerías está diciendo este sinvergüenza ... ? exclamó una de las muchachas, queriendo aparecer ofendida.

—Es que ya se halla borracho, añadió otra.

—Cierto, pero no por los licores que he bebido, sino de verla a usted tan bonita, y ... espérese usted, me recuerda a...ya, a Suzette, una preciosa *midinette* con la que tropecé una noche en la Olimpia, y que, por quince días fue mi capricho, allá en Ville d'Avrayqué barbaridad....!

—Lo que también, es barbaridad, dijo una de las muchachas, es el libro que usted le ha dado a que lea a una amiga mía, y que bien sabe quién es....

—Ah! "La Garçonne", pero si es una simpleza ... no lo han leído ustedes niñas? uf! si ya es viejo de años, y hasta pasado de moda

—Mi amiga me ha dicho que es horrible ...

—Tontería! tanta bulla por la historia de una chica *detraquéé*....

Los dos viejos amigos casi no perdían ni una sílaba de la conversación de sus vecinos, la que le interesó tanto a Felipe, que al fin dijo:

—Juan Antonio, estas niñas que están adentro, qué clase de genté es....? y dispensa si al preguntarte cometo alguna indiscreción.

—Ninguna, son todas personas decentes.

Y enseguida las fue nombrando, añadiendo detalles de las familias a que pertenecían.

—Efectivamente, como nuestro país es pequeño, se sabe poco más o menos, cuales son las familias conocidas en cada lugar. Ahora, voy a decirte por qué te hice esa pregunta, porque a estas niñas decentes y honradas, las tratan estos bárbaros como si fueran cocotas.

—Hombre! no exageres, y quieres que con franqueza te diga una cosa ...?

—Veamos....

—Es que como vives alejado de la sociedad, creés que todo sigue como antes. Ya no son los tiempos en que las muchachas vivían cosidas al traje de la mamá, sentaditas en la casa, y carteándose con cualquier muerto de hambre, por intermedio de la *chola* criada. Hoy, las cosas son de otro modo: las muchachas tienen sus compromisos sociales, y la mamá no puede estar siempre con ellas: el tennis, las funciones de Cine, los tés, el Hipódromo, los paseos en auto, o simplemente, que se encuentran con amigas al salir de la Iglesia, o de una tanda, y un joven, o varios, les invitan a tomar pastas y bombones en una confitería. Qué malo hay en esto?

—Mira, Juan Antonio, aunque por residir en una provincia, sea yo para tí, como para muchos de tus paisanos quiteños, un campesino atrazado e ignorante, veo muy bien que van introduciéndose usos y costumbres, que otra porción de quiteños no han de mirar con buenos ojos. Por nuestras tierras, también, va entrando en las costumbres el modo de ser moderno: las elegantes y los mozos de allá, copian lo que han visto, u oído decir que se estila aquí; y los de Quito, lo que han observado en los cines, y lo que les han referido que se usa en París o Nueva York, jóvenes que vienen de esas tierras. Sólo que éstos, no han tenido allá otro trato que con cocotas, y mujeres de cabaret, y creen, y hacen creer aquí, que esas gentes son los prototipos de la elegancia y la distinción, y que mientras más descocada sea una muchacha, es más a la moderna, más *chic*, como dice ese mequetrefe. Y lo peor es que este pontífice, por haber venido del extranjero, encuentra una multitud de discípulos que propagan su doctrina, y si esta doctrina, la sigue una muchacha a la que en su casa, en la calle, sus amigos y amigas, por todas partes le dicen que es *loquita*, esa, está perdida sin remedio, porque, causando gracia cualquier barbaridad que cometa, disculpándola cuanta fantasía venga a esa cabecita de viento, el día menos pensado se sabe que la *loquita*, ha hecho una locura que la hunde para siempre.

—Sabes, Felipe, que me hace gracia, oírte a tí estas cosas, nunca fuiste de los santurrones ni beatos, y ahora veo que te has convertido en un

perfecto *curuchupa*. Cómo les compadezco a tus hijas que han de vivir como en convento.

—Felizmente, no tengo sino un hijo, y ese no vive en convento, sino que estudia actualmente en una Universidad de Alemania. Y soy tan *curuchupa* y beato, que cuando estuvimos los dos en París, cada uno andaba por su lado con entera libertad.

El ruido, la animación y las risas, iban en aumento en el gabinete vecino, y ahora se trataba de irse a almorzar todos en un hotelito, salón, casino, o cosa parecida, de fuera de la ciudad.

Resistíanse flojamente las muchachas alegando que estaban solas, y que además en sus casas no sabían por donde andaban. Resolvióse la dificultad, cuando uno de los mozos propuso, que en los mismos autos, se irían de casa en casa, avisando lo que pasaba; y respecto de aquello de la falta de compañía, nada más fácil, que llevarse a los hermanos de tres de las muchachas que ni otra cosa habían de desear.

—Si es así

—Porque no es bien visto que una vaya sola, sin la compañía de alguno de la familia.

—Y a nosotras, quién nos acompaña ? porque ni Emma ni yo tenemos hermanos . . .

—Vaya ! pero si ustedes se van con nosotras

En esto, el reloj del Bar dió doce campanadas, y Juan Antonio consultando el suyo de bolsillo, dijo:

—Tengo que dejarte, Felipe, y mira, soy tan distraído, que ni siquiera te he preguntado cuántos días vas a permanecer aquí.

—Ocho, diez, en fin, los necesarios para arreglar el asunto que me ha traído.

—Bueno, pues entonces, veamos. . . . hoy, viernes. . . mañana, sábado nó, porque tengo recargo de trabajo en mi oficina; domingo. . . no han de estar mis hijos en casa, pues ya oyes que se van a Tesalia, y quiero que los conozcas. El lunes, si no tienes inconveniente, almuerzas en mi casa, quieres. . . ?

—Con muchísimo gusto, gracias.

—Y si ese día puedes disponer de la mañana, voy a buscarte, a dónde . . . ?

—Al Hotel Metropolitano.

—Perfectamente bien; a las nueve estoy allí, y nos vamos a dar un paseo hasta Chaupicruz o Cotocollao, para que veas cuánto se ha embellecido ese lado. Hay una multitud de Chalets, quintas y castillos muy bonitos y lujosos.

—Así me han ponderado, estaré listo esperándote.

—Hasta tanto, déjate ver; por las mañanas, me encuentras siempre en el Parque de la Plaza. . . asómate por allí, porque mucho tenemos todavía que hablar.

--Ya lo creo. la conversación entre viejos amigos, que no se han visto largo tiempo, no se acaba nunca.

IV

—Mientras Felipe en el Hotel, leía los diarios de la mañana, en espera de la hora de la cita con Juan Antonio, para su paseo por el norte de la ciudad, este amigo, en su casa se hallaba dominado por serias y hondas preocupaciones, a pesar del

fondo de optimismo que era el distintivo de su carácter. Para comprender el motivo de esa intranquilidad, es indispensable recordar ciertos antecedentes de nuestro personaje.

Algo más de cuarenta años antes de los sucesos que aquí se refieren, el padre de Juan Antonio, el *ibarreño* Revelo, como se le llamaba generalmente, poseía una tienda en la calle del Comercio bajo de Quito. Barras, palas y azadones, sacos de anís y de algodón, azúcar de Ibarra y del Guáitara, raspaduras, azufre, latas de kerosine y Aguarrás, y otros cien artículos parecidos, constituían el negocio. Un poco más arriba, en la acera opuesta de la misma calle, era muy conocida entre las gentes que necesitaban bayetas y bayetillas nacionales y extranjeras, zarazas, género blanco, liencillos, jerga, sudaderos de Guano, ropa interior ordinaria para hombres y mujeres, y otros muchos artículos que sería largo enumerar, era muy conocida, repito, la tienda de la señora Petronila Oquendo, viuda en ese entonces y con una hija única.

Ambas tiendas, en la relatividad modesta de sus negocios, iban prosperando, y sus dueños, contentos con su suerte, y sin mayores aspiraciones, gozaban de la estima de cuantos les conocían, y de buen crédito en las casas comerciales de Guayaquil, de donde se proveían de gran parte de sus mercaderías. En aquellos lejanos tiempos, era poco practicado aun el arte de saber quebrar oportunamente, y menos todavía, la ciencia, de enriquecerse de la noche a la mañana, a fuerza de *viveza* en los negocios.

Los propietarios de las dos tiendas, sin duda porque los artículos que vendían eran de género diferente, sin que pudiera nacer entre ellos competencia alguna, se hallaban ligados por estrecha amistad, y aun por los vínculos del compadrazgo, porque la señora Petronila, apadrinó en el bautismo a una hija de Don Marcos Revelo, niña que murió pocos meses después de nacida, como fallecieron también de corta edad, los otros hijos del ibarreño; y aun, el único sobreviviente, Juan Antonio, se escapó de correr la misma suerte a consecuencia de unas terribles viruelas, que le dejaron con la cara convertida en espumadera, y con el apodo de "el sipo" que ya le acompañó por toda su vida.

Concluida la escuela, es decir, concluido el diario martirio al que les tenían condenados a sus discípulos, los Hermanitos de ese entonces, pasó Juan Antonio al Colegio de los Jesuitas, del que, por rara excepción, no salió ateo rematado y enemigo acérrimo de ellos. Luego de obtenido el grado de Bachiller, ingresó a la Universidad a estudiar Leyes, las que no entraron sino a medias en su mollera poco despejada, obtusa, según decían sus profesores. Con todo, era querido por sus condiscípulos, a causa de su modo de ser bonachón, servicial, condescendiente, hasta el punto, de que no obstante sus múltiples y repetidas decepciones, jamás aprendió a pronunciar un *nó oportuno*, palabra muy corta, pero salvadora en muchas circunstancias de la vida.

Abogado ya, aunque con baja votación en los exámenes finales, se dió a buscarse clientela, la que por último no asomó por ningún lado. En

los tiempos que alcanzamos, no se habría visto Juan Antonio apurado con sus desengaños profesionales, porque hoy, para muchos abogados sin pleitos, les queda franca la puerta de los chanchullos y picardías, merced a los cuales le dejan a uno desnudo y en la calle, y nada menos que "en nombre de la República y por autoridad de la ley".

Sin ocupación, y cansado de recorrer infructuosamente escribanías y juzgados, llevando siempre bajo del brazo, abultados expedientes viejos, como emblema de su profesión, dirigió Juan Antonio sus miradas a la consecución de ese sálvalo todo, al ideal de muchísimos ecuatorianos: un empleo público. Después de mil ajetreos y humillaciones, y de apurar la amarga copa del solicitante, recibido siempre como inoportuno y con displicencia, pudo el pobre *sipo* obtener un puesto muy subalterno en un Ministerio, y desde entonces se vió cogido entre el engranaje de aquella máquina que se llama Administración pública, máquina que no suelta a sus víctimas sino después de haber matado en ellas, toda independencia, toda aspiración, y muchas veces, toda dignidad....

En medio del caos de las revoluciones, transformaciones y cambios políticos que ha sufrido el país en las últimas décadas, Juan Antonio tuvo que pasar por horas de amarga incertidumbre. A fin de conservar o recuperar el empleillo que desempeñaba, se vió en la dura necesidad de convertirse de conservador intransigente y fervoroso, en radical exaltado. Sucesivamente fue partidario *incondicional* de cuantos personajes se han turnado en el Poder supremo. El, tan bouachón,

pusilánime y de carácter apacible, se vió a veces en duros y terribles trances, como cuando le obligaron a marchar con las tropas que fueron derrotadas en Gatazo, o tuvo que estampar su firma en un documento contra el que fulminaron pavorosa excomunión los Obispos; y en fin, cuando otra vez, le *insinuaron* imperativamente, que era preciso su ingreso en una logia masónica con ribetes de espiritista, de la que salió medio loco, por las extrañas ceremonias que allí le hicieron presenciar.

Pero, al fin, todo esto le sirvió para ir subiendo a la categoría de empleado público, mas no de conformidad con lo establecido en otras partes, porque en el Ecuador, el funcionario, por profesión o necesidad, no repara en que, a veces tiene que estar a órdenes del que, poco antes, fué un subalterno muy inferior, como tampoco repara en la clase de empleo que va a desempeñar. Así, el pobre Juan Antonio, pasó del puesto que ocupaba en un Ministerio, a profesor de Colegio en Guaranda; de allí a Jefe Político en la Región Oriental. Fué luego, revisor del Tribunal de Cuentas; Gobernador, por pocos meses, de una Provincia, en la cual los habitantes divididos en bandos, trataban de devorarse entre ellos. Salió de este empleo casi de fuga, aborrecido de los unos, despreciado de los otros, y con fuertes convenciones del Gobierno.

Peor suerte quizás le cupo cuando le mandaron de Juez de Letras a Manabí, porque por poco no deja allí el pellejo, a consecuencia de los machetazos que le descargó un bandido famoso en la comarca por haberse *comido* diez o doce vidas, por lo cual se disputaban unos cuantos abogados se-

rros, que habían ido por allí a ejercer su altísimo ministerio Para qué no se créa apto el que se acostumbra a vivir del tesoro público? cuántos son los que por un principio elemental de honradez se excusan de aceptar puestos para los que no están capacitados en absoluto?

Juan Antonio llegó a ser el prototipo del empleado de esta clase, y en la época de este relato, le encontramos al frente de una Colecturía, manejando cuantiosas sumas de dinero.

Llegó a tan alta situación, porque en el curso de su vida había aprendido a insinuarse con gentes influyentes, prestándoles mil pequeños servicios, y doblegándose a consentir en todo cuanto se exigiera de él. Supo por otro lado, captarse la buena voluntad de los adinerados, y de los dueños de pergaminos nobiliarios, alhagando su vanidoso orgullo, ponderando extático el lujo de sus casas, la belleza de sus quintas, la espléndidez insuperable de los banquetes que ofrecían, y hasta lo que para cualquiera otro llevase el sello de cursi y de mal tono.

Por su parte, su mujer, Encarnación, la hija de la señora Petronila, con la que se había casado veintiséis años antes, le ayudó en este ascenso que se ponía de manifiesto, por los mejores sueldos, y una mayor consideración social.

La señora Petronila no habría consentido jamás que su hija Encarnación sea la sucesora en el negocio de vender mercaderías en la tienda del Comercio bajo, a pesar de lo bien que a ella le había ido. Soñaba en otro destino más alto, y para empezar, la puso de interna a la

muchacha en el Colegio de los Corazones. Allí, aunque sufrió al principio su amor propio, con los desprecios de sus compañeras de las buenas familias, llegó al fin, si no a ser tratada como igual, a crearse amistades que después le fueron de utilidad.

Cuando al cabo de seis años, salió del Colegio, tenía dieciocho, y si no una belleza, era una robusta *chulla* buena moza, con pretensiones de señorita decente, no obstante que a cada paso, en sus modales y palabras, asomaba lo ordinario de su origen, y los vicios de su educación doméstica.

Las gracias plebeyas, y la sana frescura de Encarnación, atrajeron las asiduidades de dos o tres señoritos ricos, que vieron en ella una conquista fácil y sabrosa; pero a la postre tuvieron que retirarse desengañados, porque, si bien la muchacha respondía complacida a sus requiebros y protestas de amor, los ojos de Argos de la señora Petronila, estaban allí vigilantes para prevenir cualquier trastada. Pero, como desde los tiempos del sabio Rey Salomón, es bien sabido lo difícil y casi imposible que es el guardar a una muchacha coqueta y un tanto mal intencionada, la señora Petronila fue inclinando a su hija a responder favorablemente a las honradas pretensiones que, desde tiempo atrás, había manifestado Juan Antonio, con el entusiasta apoyo de su padre. La muchacha hizo varias objeciones al proyecto, relativas a la humilde posición social del pretendiente, a su fortuna poco cuantiosa, al empleillo que por

entonces desempeñaba, y hasta al aspecto físico nada seductor de Juan Antonio, a causa de las malditas viruelas.

Iba pasando el tiempo, y como no se presentaba un partido mejor, sino pobres diablos que codiciaban más que a la muchacha, la platita de la señora Petronila, o mozuelos con fines libertinos, Juan Antonio fue aceptado al fin.

Bien o mal avenido, pero sin que surgieran graves desacuerdos, el matrimonio fue avanzando en el camino de la vida. Cinco hijos, escalonados entre los veintidós años que tenía la primogénita, Juanita, y diez el último, Osvaldo, habían venido a *embellecer el hogar* Revelo-Oquendo, como dicen los cronistas de periódicos.

En la época que pasaba lo que voy contando, Encarnación, nombre vulgar, que en el Colegio, y aun después, le había hecho rabiar y causado muchas lágrimas de despecho, era una jamona bien conservada, de subidos colores en su cara morena, en la que se destacaban dos o tres grandes lunares sombreados por algunos pelos negros, que su hija Juanita porfiaba, en vano, por arrancárselos con pinzas, porque decía que le causaba vergüenza, cuando alguna vez salía a la calle con ella, y la gente se fijaba en los tales lunares.

Juan Antonio, con la edad, se había afeado un poco más, andaba encorvado con paso un tanto vacilante, a causa talvez de los anteojos oscuros a que le había sometido un famoso oculista, vendedor, al mismo tiempo, de lentes de todo género, por lo cual jamás encontró una vista normal que no requiriera sus dos o tres pares de anteojos, para usarlos según las horas del día.

Constantemente, el pobre *sipo*, estaba frotándose las manos amoratadas por aquel frío que reina en las oficinas públicas, frío que, en cierta manera, justifica el ansia con que los empleados, a la salida por la tarde, buscan con avidez el primer depósito de licores para echarse sus tragos.

V

Hacía tiempo que habían fallecido los padres de Juan Antonio y Encarnación. Ni por un momento pensó ninguno de los dos en conservar las tiendas, y ocuparse en el comercio. Vendidos, bien o mal los modestos almacenes, su producto se convirtió en parte, en alhajar y modernizar la casa que heredó Juan Antonio en el barrio de la Carnicería, y en hacer otro tanto en una quinta en la Magdalena, herencia de Encarnación. El resto ...? corrió la suerte de irse por los cuatro vientos, como sucede casi siempre con lo adquirido por los antecesores a fuerza de trabajo y estricta economía. Lo triste, en el caso de Juan Antonio fué, que varios de los quebrantos de la fortuna conyugal, se debieron a la debilidad de carácter, y a la incurable condescendencia del pobre *sipo*: por tres veces, tuvo que pagar como fiador de bribones rematados, que después se vanagloriaban de la *volada* que le habían hecho. Pero el golpe mayor, lo sufrió porque no pudo resistir al embobamiento que le produjo la charla y labia del famoso doctor de Mesa, y a los mimos y agasajos con que Juan Antonio, su mujer y su hija fueron recibidos por la familia del listo estafador. A pesar de que todos estos desagües habían disminuido notablemente el caudal here-

dado de sus padres, bueno estaba el matrimonio para andarse con economías y cercén de gastos, teniendo que conservar la posición social a que habían llegado.

En la mañana de la cita con Felipe, nubes oscuras, precursoras de otras más negras aun, entenebrecían el alma optimista de Juan Antonio. La víspera no más, en su oficina, quedó alorado al comprobar que lo que iba disponiendo, cada día con más frecuencia, de los fondos confiados a su cuidado y honradez, subía en progresión aterradora, nada menos que el déficit excedía, en mucho, al valor de sus bienes raíces, y que, en caso de liquidación de sus cuentas, los garantes serían responsables de la diferencia. Esta falta en la Caja, no era reciente, sólo que venía aumentándose de años atrás, y si continuaba secreta y no estallaba el escándalo, se debía al descuido y dejadez proverbiales, y a veces, complicidad de las autoridades superiores; y a que, en casos apurados, amigos condescendientes, le habían prestado, por pocas horas, los valores que faltaban. Desde luego, debo advertir que Juan Antonio, jamás pensó alzarse con lo ajeno, es un préstamo, se decía, que lo he de *reponer* poco a poco; pero, cómo reponer, si los gastos de familia, en lugar de disminuir, iban creciendo cada día más, en una fiebre de derroche incontenible.

Pocas semanas antes, su hijo Enrique, el jovencito universitario, a quien le había señalado ciento y pico de sucres al mes para dinero de bolsillo, le exigió un cuantioso extra destinado a la cuota que le tocaba en una función de los es-

tudiantes en el teatro, seguida al otro día, de una fiesta de gala en el Hipódromo.

Casi en los mismos días, Fanny y *Maruja*, pensionistas del costoso internado de la Inmaculada, pidieron que sus padres les mandaran, sin pérdida de tiempo, otra valiosa cuota para un regalo, que, costado por todas las educandas, iban a ofrecerle a la Madre Sofronia en el aniversario de su natalicio.

Hasta Osvaldito, alumno interno del pensionado La Salle, aparte de la diaria sangría a la bolsa de sus padres, que se trocaba en cuadernos, plumas, reglas, lápices, nuevos textos, golosinas etc., notificó que se había cambiado el uniforme de salida, por otro de distinta forma, color y material; y que además, las prendas de vestir del equipo de Fútbol, se hallaban inservibles, y requerían pronta reposición.

Aquella misma mañana, después de una noche de tenaz insomnio causado por sus preocupaciones, fué advertido Juan Antonio por su mujer, que debiendo asistir Juanita a una fiesta social que daba un diplomático extranjero, cinco días después, le eran necesarias unas cuantas prendas de vestuario, que, aunque las tenía flamantes y en abundancia, ya las habían visto las amigas y conocidas.

— El traje es una verdadera maravilla, aseguraba Encarnación, y a Juanita le sienta muy bien; ayer mismo lo mandó esa madama que ha traído tantas maravillas de París. Es de última moda, un poco caro, pero

Oyendo esto Juan Antonio, cogiéndose la cabeza con ambas manos exclamó:

—De dónde voy a conseguir ese dinero, ya te he dicho los apuros en que me hallo....

—Yo no sé, pero tu mismo has de ver que estos gastos son indispensables; a tí mismo te he oído mil veces que es necesario conservar a todo trance la posición social.... Juanita no ha de asistir a ese té del Ministro de Holanda como una *chulla* cualquiera....

Y siguió una larga enumeración de las personas invitadas a la fiesta, de lo que se decía de los vestidos de la fulana o la zutana, de los chismes y murmuraciones que corrían a causa del despecho y envidia de las no invitadas.

—Basta... basta... por Dios! esta tarde veré como conseguirme esa plata ... y ahora, el compromiso con Felipe! bonito estoy para paseos y almuerzos; soy capaz de mandarle a decir que he amanecido enfermo.

—Antuco, que así le trataba Encarnación a su marido, cuando quería parecer cariñosa, Antuco, no te mueras por tan poco. líbrate de una vez de este compromiso; anda, distraete, y no me veas con esa carota de suegra; tráele a tu amigo a almorzar ... ya verás que talvez nos haga reir con las maneras de *chagra* que ha de tener.

Refunfuñando tomó su sombrero Juan Antonio, y pocos minutos después, llegó al Hotel en el que le esperaba Felipe.

VI

Disculpóse Juan Antonio con su amigo por el retardo, alegando ocupaciones de última hora, a lo que Felipe contestó que nada importaba la tardanza, puesto que él nada tenía que hacer.

Pronto el automóvil que tomaron, estuvo en la plaza de la Alameda, y empezó luego a descender hacia el Ejido, hoy Parque de Mayo. La mañana era espléndida, luminosa, de ambiente puro y vivificador; la naturaleza parecía sonreír, y convidaba a la dicha y al contento. Era en fin, una de esas incomparables mañanas de Quito.

En la ideal transparencia de la atmósfera, se destacaba al frente del lejano horizonte, la oscura cordillera del Mojanda, blanqueada en su base por las nieblas que ascendían del valle de Guailabamba. A la derecha, asomaba en toda su imponente majestad, la mole de plata del Cayambe, cruzada a media altura por una banda de nubes doradas; y a la izquierda, allí cerca, los contrafuertes abruptos del Pichincha, venían a morir en la llanura. La que, en enorme extensión se veía circunscripta en este marco, de altivas cordilleras. La dilatada planicie, y la parte inferior de las lomas y quiebras que descienden del Pichincha, se mostraban plantadas de bosques de eucaliptos, por entre los cuales aparecía una infinidad de casas, quintas y chalets, muchos de ellos cubiertos de zinc cuya blancura metálica, se destacaba con vigor entre el obscuro follaje.

—Esto siempre es magnífico, exclamó Felipe, y ahora mejor que antes, porque se ven árboles por todos lados. Has de recordar, que en nuestro tiempo, no había sino unos pocos capulíes feos y torcidos, y si no me equivoco, algunos pinos en la Carolina.

—Todo esto lo debemos a Don Gabriel que introdujo el eucalipto.

—Así dicen . . .

Mientras tanto, el auto rodaba veloz por la antigua carretera que bordea el Ejido, tocando la bocina a cada momento para abrirse paso por entre las recuas de mulas y burros, y de partidas de vacas lecheras que iban a la ciudad, o volvían de ella. Era preciso, además, andarse con cuidado para no chocar con camiones, carretas haladas por bueyes, autos que circulaban ligeros, llenando casi toda la anchura de la calzada, por uno de cuyos costados, como soberano de este movimiento, se alejaba el tranvía entre ruido de timbres, y chirridos, de los frenos.

A través de la todavía escasa vegetación del nuevo Parque, asomaban parejas de paseantes, veloces ciclistas, partidas de alborotados chichelos, y a la distancia, figuritas vestidas de trajes claros, que corrían, ya en grupos compactos, ya aislados, detrás de la pelota en el campo deportivo. Por otro lado, que no se distinguía, rasgaban el aire puro de la mañana, los alegres toques de corneta y redobles de tambor, de algún batallón de soldados que andaba por allí practicando ejercicios militares.

Pasado el Parque de Mayo, aparecían de trecho en trecho, a entrambos lados de la carretera, lujosas quintas y chalets, de pretenciosa arquitectura algunos de ellos, pero embellecidos todos por floridos jardines. Detrás, a derecha, a izquierda, por donde quiera, los siempre infaltables, utilísimos, aunque antiestéticos eucaliptos.

A un costado, se alzaba entre la fronda, la esbelta torrecilla gótica del Seminario mayor, evocando otros paisajes, otros lugares lejanos.

Perpendiculares, u oblicuas a la carretera, nuevas y rectas avenidas, anunciaban barrios en formación, en los que se levantaban ya algunos edificios de estilo campestre.

Obedeciendo las órdenes de Juan Antonio, el chofer penetró por una de aquellas avenidas, y a poco se detuvo frente a un terreno en el cual, las filas de ladrillos, los montones de arena, las excavaciones, y los albañiles y peones que se movían en el recinto, anunciaban que allí se estaba construyendo una casa, una de las tantas que al mismo tiempo iban levantándose en la futura *ciudadela*.

Juan Antonio le refirió entonces a Felipe, que su mujer y sus hijos, le habían obligado, en cierto modo, a comprar ese terreno para construir un chalet con el producto de la venta de la quinta de la Magdalena, alegando que era mucho mejor la parte norte de la ciudad, y de más tono poseer una villa en ese lado. Juanita se empeñaba en que se la bautizara con el nombre de "Petit Trianon". Solamente que la casa iba costando más de lo que se creyó al principio, porque el plano del arquitecto, la mano de obra, y los materiales, importaban en el día un ojo de la cara, y esto, que la construcción recién empezaba a salir a flor de tierra.

—El plano es precioso, hoy te lo he de mostrar en casa, el estilo, modernísimo. La dificultad ha consistido, en que el arquitecto, hasta hoy se halla indeciso respecto del lugar donde ha de

ir la escalera para subir al piso alto. También le hice notar, que hay muy pocos cuartos para vivir; pero él me dijo que, en las quintas modernas, lo principal es el *jol*, o no sé qué palabra parecida. Lo cierto es que mis hijos están encantados con el tal *jol*, porque allí dizque se reciben las visitas, se toma el té, se baila y se *hace* música.

Después de hablar Juan Antonio un rato con el sobrestante, y de darle algunas órdenes, tomaron nuevamente el auto; al llegar al cruce de la carretera, le preguntó a su amigo si quería avanzar un poco más.

--Es suficiente, le contestó Felipe consultando su reloj, talvez en tu casa nos estén esperando porque son más de las doce.

—Bueno, regresémonos.

Ya de vuelta, en el descenso de la Alameda hacia San Blas, se presenta Quito con todo el pintoresco encanto que le presta la desigualdad del suelo, sobre el cual se levantan, a diferentes niveles, torres y cúpulas entre el apretado caserío, formando un cuadro de belleza antigua, clásica, si así puede decirse, y de una originalidad tan grande, que apenas aparecen como leves manchas, las nuevas construcciones con sus cornizas, y sus horribles decorados con mamarrachos de cemento. Detrás, hacia el norte, los horizontes dilatados, la perspectiva de cerros lejanos, bosques, llanuras, como espléndido marco del Quito futuro que ya empieza a diseñarse con sus amplias y rectas avenidas, sus palacetes, villas y chalets, sus parques y centros de distracción y deporte de Capital mo-

derna. Delante, la vieja ciudad de los Shiris, y los conquistadores castellanos, entrecruzada por calles en subidas y bajadas, estrechas, tortuosas, evocando leyendas y recuerdos; la Quito romántica, con pasado histórico, con abolen-gos nobles, la que con su personalidad propia e inconfundible, se asemeja a una vieja se-ñora que se lleva el cariño de cuántos saben sentir la belleza actual, y la nostalgia del pa-sado.

Pero también por esta parte, el paisaje se ofrece con la gracia pintoresca que ostentan los países montañosos: al fondo, como asentado sobre los edificios de la ciudad, se levanta ai-roso el casi cónico Panecillo, que habría sido un parque sin rival en el mundo, afeado hoy por miseras casuchas; a un lado los repechos es-carpados, las lomas y hondonadas, que fueron el teatro de la inmortal victoria de Sucre; y en lejana y borrosa perspectiva, el cerro del Corazón, y algo más cerca, las faldas del Ata-catzo, doradas a trechos por campos de trigo, entre los cuales blanquean junto a verdes pra-deras, los caseríos de las haciendas.

VII

El auto se detuvo frente a la casa de Juan Antonio, casa bastante antigua, pero remozada la fachada por una mano de pintura.

Desde el corredor alto, el dueño de ella gritó:

— Encarna ! Juanita ! ya es-tamos aquí!

Esta manera de llamar en alta voz, y de volver más plebeyo y anticuado el nombre de su madre, quitándole una sílaba, era motivo de frecuentes observaciones de Juanita.

—Papá, ya debes dejar este defecto; el otro día no más, ví que una de mis amigas se reía, oyéndote gritar afuera, llamándola a mamá: Encarna....! Encarna....! es insoportable.

El buen hombre se sonreía con la advertencia de su hija, y alegaba que lo hacía así, por ser muy largo el nombre de su mujer.

—Y muy feo y vulgar, clamaba molestanda Juanita, esos viejos idiotas que bautizaban a sus hijas con tales nombres....! Purificación, Felicidad, Esperanza! qué atrazados y brutos....!

—Pasa, le insinuó Juan Antonio a su amigo, haciéndole entrar al salón de recibo.

—Esta gente vive con lujo, se dijo Felipe después de algunos momentos de recorrer con la mirada el mobiliario, y los mil diversos objetos que se veían por todos lados; frase que, por lo regular, traduce la primera impresión la cual computa, no el mérito que puedan tener los muebles, cortinajes, espejos, cuadros y jarrones, sino el dinero que había costado todo aquello. En varios detalles se conocía que los dueños de casa, trataban de copiar lo que vieron en las mansiones de los ricos, sin comprender, por supuesto, que una cosa es el lujo, y otra el buen gusto, la elegancia y la distinción. El primero, puede tenerlo cualquier parludo enriquecido, al paso que el buen gusto y la elegancia, son cualidades individuales pro-

pías de ciertas y pocas personas, así se trate del vestirse, como del adorno y arreglo de la casa. La distinción, si no es cosa que se hereda, se forma y desarrolla en ciertas clases sociales, por el contacto diario con individuos de gusto refinado: los que por tradición quizás, han recibido las lecciones y ejemplos de seres de una cultura superior.

Por cierto que estos distingos, no los entendían la mujer y la hija de Juan Antonio: lo que deseaban antes que todo, es que las gentes que las visitaban, repitieran lo que anteriormente se había dicho Felipe: aquí viven con lujo.

Todo esto, por causa de aquella especie de locura que nos ha acometido, de que nadie quiere aparecer inferior a otro, y de que, no diré la pobreza, sino a la simple medianía se la tiene como algo que a uno le avergüenza, y que por lo mismo, se la debe ocultar. No es la comodidad lo que se busca, no el que se viva mejor que antes, sino la ostentación, la apariencia, la fachada, detrás de la cual están quizás ocultándose muchas miserias y estrecheces, quien sabe si hambre, o por lo menos mesa escasa, para que las niñas gasten lujo, el jovencito tenga dinero de bolsillo para derrocharlo en borracheras, autos y mujeres que le corrompen y le pudren, y para que, en fin, en la casa se sirva el té con profusión de golosinas y licores finos.

Talvez en esto pensaba Felipe, cuando entró Doña Encarnación, la que contestando el saludo del amigo de su marido, se limitó a decir, extendiéndole la mano:

—Aldama, cómo le vá, empleando el tono imperativo que había visto acostumbraban las señoras al responder a la humilde salutación de los administradores o sirvientes de sus haciendas.

—Caramba! qué infulas! se dijo Felipe, chocado por el tono de Encarnación.

Casi enseguida, se dejaron ver Juanita y Enrique, los que fueron presentados por su padre a Felipe; la muchacha se contentó con murmurar:

—Encantada y arqueando el brazo en alto, y bajándolo después hacia abajo, ofreció su fina mano a la tosca de Felipe.

Enrique, con un airecillo protector, musitó entre dientes una de las tantas fórmulas usuales, y luego, como diciéndose: veamos qué clase de tipo es éste, fué a extenderse en una butaca, guardando todo el tiempo una sonrisa burlona, de ser superior, los ojos medio entornados, y tarareando a ratos un Fox de moda.

—Deliciosos! volvió a repetirse Felipepero, la muchacha, de dónde diablos ha salido ?

Juanita era la primogénita del matrimonio, y contaba 22 años. Viéndoles a los padres, Juan Antonio, ordinariote, feo, deformado por las viruelas; ella, una chola morena, tosca, ya madura, ocurría preguntarse como lo había hecho Felipe, y como sucede en muchos casos parecidos:

—Cómo de este par, ha podido nacer esta muchacha, que no se parece en nada a ninguno de los dos? cómo, tan guapa, y de facciones y formas finas y distinguidas ?

Y el misterio se volvía más indescifrable, viéndole a Enrique, el universitario de 20 años, porque en este sí se habían cumplido las leyes biológicas de la herencia. Bajito, moreno, rechoncho, de cabellera negra y lacia, todo lo cual no le quitaba sus pretenciones de Tenorio irresistible, a las que se reunían las de intelectual modernista, con pujos de poeta dadaísta y ultra decadente. Algunos versos publicados por él en una revistilla de bombo mutuo, le habían encumbrado al Olimpo de los *líridas* (?) indiscutibles, y por lo mismo, comprendido de muy pocos. Por todo esto, su madre le guardaba una especie de veneración, que sólo se tiene por los seres superiores, destinados a comunicar gran lustre y nombre a las familias felices que los poseen.

La conversación entre estas cinco personas, no podía ser muy animada ni interesante, sobre todo, porque las dos mujeres y Enrique, sólo veían en Felipe, a un provinciano nada al corriente de la moderna vida cortesana que se lleva en Quito, y más aún, desde que Juan Antonio les había contado el mucho tiempo que Felipe estuvo ausente de la Capital.

Después de uno de los muchos silencios que interrumpían la forzada conversación, en la que Enrique pronunció dos o tres monosílabos, que parecían significar:

—Cuánto me aburro con estos vejestorios amigos de papá... ! doña Encarnación dijo, nombrando a su esposo por el apellido, creyendo que el hacerlo así era de gran tono:

—Revelo me ha contado que tiene usted a un hijo suyo en Europa.

—Sí, señora ...

--Cómo le envidio, exclamó Juanita, mi ilusión es viajar....oh, lo que he oído de las noches de París, de los cabarets de lujo de Monmartre....! qué felices los que se van ...! su hijo habrá conocido ya muchos países....

—Y para qué estudio le dieron la beca...? interrumpió Enrique con mal disimulado despecho y envidia.

--Mi hijo no se fue con beca. repuso Felipe, y prosiguió contestando a Juanita, por ahora no ha estado sino en París, donde le dejé hace más de tres años; después, me escribió, que en las vacaciones recorrió algunos otros lugares de Francia y Suiza. Actualmente se halla en Alemania, completando los estudios hechos en París. Con todo esto, no le ha de quedar mucho tiempo para pasearse.

—Hola, con que usted también ha estado en Francia...? dijo doña Encarnación, considerando a Felipe con algo menos de impertinente superioridad.

—Fue necesario acompañar a mi hijo para dejarlo establecido allá.

—Y ahora, záfeme de una curiosidad ... le conoció usted al Rey de España?

—No, Señora. no he estado en España.

—Le he preguntado a usted, porque, vea lo que son las cosas: mi prima Rosa, es la mujer que ha nacido con una suerte loca, figúrese que el otro día le escribió a una amiga, que había sido

invitada a almorzar con el Rey de España, (*) que estuvo muy fino, y que le hizo sentar a su lado. Qué suerte la de ésta . . . ! se quedó viuda, sin hijos, el marido era rico y ahora anda viajando y pasándose la gran vida.

Felipe sonriéndose finamente, exclamó:

—Sí, en efecto, que se necesita haber nacido con buena estrella, para recibir una invitación a almorzar de Alfonso XIII.

La misma sonrisa se reprodujo en los labios de Enrique.

—Cómo quisiera cambiarme con mi tía!, suspiró Juanita.

—No te quejes, porque tu también tienes buena suerte; ya llegará el día en que vayas a viajar aunque . . . no ha de ser sola . . . ya sabes con quién. Aquí mismo, en Quito, desde el Colegio, las Madres te distinguían entre todas; tus amigos *privan* por tí; no hay baile en el Club Pichincha, convite de los diplomáticos, fiesta del Hipódromo, a donde no te inviten. El otro día no mas, *el* Juan Manuel y *el* Modesto me dijeron que faltando tú, faltaba todo . . . Y en el Tenis . . . ? anda, trae para que le muestres a Aldama la raqueta de honor que te dieron . . . y ese periódico que publicó tu retrato con los lindos versos del Vicente Tirado . . .

A todo esto, Enrique, sin dejar su olímpica postura se sonreía socarronamente.

—Juan Antonio, como extraño a esta escena de familia, estaba tan abstraído en sus preocupaciones, que notándolo su mujer le dijo:

[*] Histórico.

—Qué te pasa, hombre, que no chistas una palabra.....

—Nada, sino que charla, que charla ustedes, no nos van a dar de almorzar; va haciéndose tarde, y este muchacho no ha de llegar a tiempo a su clase de la Universidad.

—Para lo que perdiera, dijo Enrique, saliendo de su mutismo, al no asistir a la clase de ese *curuchupa* estúpido que es el profesor, ¡un veggatorio fósil con una ideología que no se compadece con los principios modernos, ni con el dinamismo científico proclamado por Marx.

Y volvió a sumirse en su desdeñoso silencio, después de lanzar una mirada a Felipe, como diciéndole: chúpate esa.

—Qué muchacho este, murmuró doña Encarnación, dirigiéndose a su invitado, en la Universidad le tiemblan... es tremendo.

Por fin, anunciaron que se iba a servir el almuerzo.

En el comedor, la misma profusión de porcelanas, lozas y cristales, aunque contrastaban con sus formas, brillo y transparencia, unos cuantos ejemplares de aquellos odiosos vidrios alemanes azules y amarillos que los exportan como salidos de las fábricas de Murano.

Dos mediocres paisajes de algún descendiente de los Salas, y unos cromos representando frutos y pescados decoraban las paredes.

Después, de servido, el plato de entradas, doña Encarnación le hizo notar a Felipe que su juego de porcelana era de Sevres. (*)

(*) Histórico.

—Es igual, añadió, a uno que tiene el Jacinto.

—Entonces, señora, le habrá costado a usted mucho dinero—, y tomando uno de los platos, vió Felipe que estaba marcado: Haviland Cie., Limoges, y se lo hizo notar a doña Encarnación.

—Si es lo mismo, contestó esta.

—No, creo hay bastante distancia entre Sevres y Limoges; el error obedece, y en el que han caído muchas personas, a que existe un estilo decorativo Sevres, que no es propio y exclusivo de esta fábrica. Por otra parte, todavía en el Ecuador no somos bastante ricos para comer en platos legítimos de Sevres.

Durante esta pequeña discusión, se había servido un caldo cualquiera, que doña Encarnación se lo recomendó a Felipe como un *consomé* hecho según receta dada por doña Clementina, de quien se decía muy amiga.

Continuó el almuerzo en medio de nuevas recomendaciones de la dueña de casa a los vinos, y a los otros platos, que unos y otros, si no eran provenientes de fórmulas guardadas secretamente por las antiguas familias, y que por amistad le habían revelado, le recordaban a la señora que fueron servidos en este o aquel banquete diplomático a los que ella y su hija fueron *especialmente* invitadas. Ridícula manía de unas cuantas personas, y bastante generalizada, de sacar a luz, venga o no al caso, la intimidad que dicen tener con gentes de viso, con quienes tal vez se encontraron algún día sólo por algunos momentos.

Mientras tanto, Juanita, no probaba casi ni un bocadito, lo que al ser advertido por Felipe, su vecino de mesa, le contestó la muchacha que estaba sometida a régimen porque temía engordar.

—Té con limón, algunas frutas, de preferencia las ácidas, lechugas; nada de pan, carnes, grasas azúcar, farináceas, en fin, comer lo menos posible, y practicar mucho ejercicio. —

—Ya lo creo, exclamó Enrique, una muchacha a la edad de mi hermana, no debe pesar más de 95 libras, y aún es mucho. . . . Pickles. . . ? dijo luego, extendiendo un frasco a Felipe; esto sí le permito a Juanita, porque tiene bastante vinagre. . . . Uf. . . ! una muchacha gorda y colorada. . . ! qué horror. . . ! qué profanación a la estética femenina!

—Con todo, señorita, usted se ha sometido a un verdadero régimen de hambre.

—No es sino hasta acostumbrarse, pero en cambio

Felipe iba a decir: en cambio una famosa enfermedad del estómago para toda la vida; pero se calló, al pensar en lo insondable que es la necesidad humana.

Si Juanita comía lo menos posible, sus padres demostraban gozar de excelente apetito, y más aun, su hermano el cual, de rato en rato, ofrecía el frasco a Felipe, repitiéndole:

—Pickles ?

Casi al terminarse el almuerzo doña Encarnación hizo servir unos postres iguales a otros, que aseguraba haber tomado en la mesa del Ministro belga, y para ponderarlos, repitió la pala-

bra que desde el principio empleó al recomendar las viandas o los vinos.

—Es *non plis* . . . *non plis*. (*)

Por de pronto no comprendió Felipe, qué quería decir la Señora, o en qué idioma hablaba, aunque ya hubo notado desde el principio, cómo la buena Encarnación destrozaba las palabras y nombres que no eran castellanos, y cómo hasta la lengua propia era hablada de un modo bastante plebeyo; pero aquello de "non plis" . . . Al fin, después de un rato, vino a entender que debía ser "*non plus*", que la señora oyó a personas distinguidas, y que por lo mismo, retuvo el término como algo propio de gentes de tono, y lo empleaba en la conversación cuántas veces podía.

Durante todo el tiempo que duró el almuerzo, con cualquier motivo o pretexto, doña Encarnación no perdía ripo para hacerle saber a Felipe sus altas amistades, la confianza, la intimidad con que se trataba con las personas y familias más encumbradas de la ciudad, y con los extranjeros notables que llegaban a Quito, sobre todo los que pertenecían al mundo diplomático. Este tema, fatigoso y pesadísimo, lo alternaba con la ponderación de los triunfos de sus dos hijas en la Inmaculada, triunfos de talento, vestuario y rumbo. A ratos, sonriéndose maliciosamente, a medias palabras, daba a entender que Juanita, se veía requerida por un joven de aquellos que son la disputa de las muchachas casaderas.

(*) Histórico.

—Simple flirt, mamá, interrumpía la aludida, queriendo fingir modestia.

Terminado el almuerzo, que temió Felipe se le indigestara, a causa de la insoportable necesidad de doña Encarnación, y ya en la sala, tuvo todavía el convidado que aguantar la audición de dos o más rollos de Fox o Charleston, tocados en una antipática pianola, instrumento dedicado casi siempre a falsificar el arte de manera lamentable.

Al despedirse Felipe, dijo Juan Antonio que le acompañaba, porque él también tenía que salir a la calle.

—Oye, Revelo, le advirtió su mujer, no te olvides de hacerle un telegrama *al* Enrique, preguntándole cómo sigue de su enfermedad.

—Mamá, tu no más tan cumplida, le insinuó Enrique cuando Juanita estuvo tan grave, ninguno de esos magnates se acordó de nosotros.

—Qué sabes tú . . . con qué, no te olvides.

VIII

Hace algún tiempo, desapareció de uno de los pueblos, de la provincia de donde era originario Felipe Aldama, un muchacho de diez a doce años de edad. Sus padres, campesinos pobres y cargados de familia, apenas hicieron alguna diligencia para averiguar el paradero del prófugo. Tan luego como llegaron a saber que su hijo Pablo, se encontraba en Guayaquil, en casa de un caballero de esa ciudad, casi no volvieron a acordarse de él.

Pablo tuvo buena suerte, porque el señor que le acogió, prendado por el modo de ser des-

—Es igual, añadió, a uno que tiene el Jacinto.

—Entonces, señora, le habrá costado a usted mucho dinero—, y tomando uno de los platos, vió Felipe que estaba marcado: Haviland Cie., Limoges, y se lo hizo notar a doña Encarnación.

—Si es lo mismo, contestó esta.

—No, creo hay bastante distancia entre Sevres y Limoges; el error obedece, y en el que han caído muchas personas, a que existe un estilo decorativo Sevres, que no es propio y exclusivo de esta fábrica..... Por otra parte, todavía en el Ecuador no somos bastante ricos para comer en platos legítimos de Sevres.

Durante esta pequeña discusión, se había servido un caldo cualquiera, que doña Encarnación se lo recomendó a Felipe como un *consomé* hecho según receta dada por doña Clementina, de quien se decía muy amiga.

Continuó el almuerzo en medio de nuevas recomendaciones de la dueña de casa a los vinos y a los otros platos, que unos y otros, si no eran provenientes de fórmulas guardadas secretamente por las antiguas familias, y que por amistad le habían revelado, le recordaban a la señora que fueron servidos en este o aquel banquete diplomático a los que ella y su hija fueron *especialmente* invitadas. Ridícula manía de unas cuantas personas, y bastante generalizada, de sacar a luz, venga o no al caso, la intimidad que dicen tener con gentes de viso, con quienes talvez se encontraron algún día sólo por algunos momentos.

Mientras tanto, Juanita, no probaba casi ni un bocado, lo que al ser advertido por Felipe, su vecino de mesa, le contestó la muchacha que estaba sometida a régimen porque temía engordar.

—Té con limón, algunas frutas, de preferencia las ácidas, lechugas; nada de pan, carnes, grasas, azúcar, farináceas, en fin, comer lo menos posible, y practicar mucho ejercicio. —

—Ya lo creo, exclamó Enrique, una muchacha a la edad de mi hermana, no debe pesar más de 95 libras, y aun es mucho.... Pikles....? dijo luego, extendiendo un frasco a Felipe; esto si le permito a Juanita, porque tiene bastante vinagre..... Uf..! una muchacha gorda y colorada....! qué horror....! qué profanación a la estética femenina!

—Con todo, señorita, usted se ha sometido a un verdadero régimen de hambre.

—No es sino hasta acostumbrarse, pero en cambio

Felipe iba a decir: en cambio una famosa enfermedad del estómago para toda la vida; pero se calló, al pensar en lo insondable que es la necesidad humana.

Si Juanita comía lo menos posible, sus padres demostraban gozar de excelente apetito, y más aun, su hermano, el cual, de rato en rato, ofrecía el frasco a Felipe, repitiéndole:

—Pikles...?

Casi al terminarse el almuerzo doña Encarnación hizo servir unos postres iguales a otros, que aseguraba haber tomado en la mesa del Ministro belga, y para ponderarlos, repitió la pala-

bra que desde el principio empleó al recomendar las viandas o los vinos.

—Es *non plis* ... *non plis*. (*)

Por de pronto no comprendió Felipe, qué quería decir la Señora, o en qué idioma hablaba, aunque ya hubo notado desde el principio, cómo la buena Encarnación destróza las palabras y nombres que no eran castellanos, y cómo hasta la lengua propia era hablada de un modo bastante plebeyo; pero aquello de "non plis" Al fin, después de un rato, vino a entender que debía ser "*non plus*", que la señora oyó a personas distinguidas, y que por lo mismo, retuvo el término como algo propio de gentes de tono, y lo empleaba en la conversación cuántas veces podía.

Durante todo el tiempo que duró el almuerzo, con cualquier motivo o pretexto, doña Encarnación no perdía ripo para hacerle saber a Felipe sus altas amistades, la confianza, la intimidad con que se trataba con las personas y familias más encumbradas de la ciudad, y con los extranjeros notables que llegaban a Quito, sobre todo los que pertenecían al mundo diplomático. Este tema, fatigoso y pesadísimo, lo alternaba con la ponderación de los triunfos de sus dos hijas en la Inmaculada, triunfos de talento, vestuario y rumbo. A ratos, sonriéndose maliciosamente, a medias palabras, daba a entender que Juanita, se veía requerida por un joven de aquellos que son la disputa de las muchachas casaderas.

(*) Histórico.

— Simple flirt, mamá, interrumpía la aludida, queriendo fingir modestia.

Terminado el almuerzo, que temió Felipe se le indigestara, a causa de la insoportable necesidad de doña Encarnación, y ya en la sala, tuvo todavía el convidado que aguantar la audición de dos o más rollos de Fox o Charleston, tocados en una antipática pianola, instrumento dedicado casi siempre a falsificar el arte de manera lamentable.

Al despedirse Felipe, dijo Juan Antonio que le acompañaba, porque él también tenía que salir a la calle.

— Oye, Revelo, le advirtió su mujer, no te olvides de hacerle un telegrama al Enrique, preguntándole cómo sigue de su enfermedad.

— Mamá, tu no más tan cumplida, le insinuó Enrique, cuando Juanita estuvo tan grave, ninguno de esos magnates se acordó de nosotros.

— Qué sabes tú . . . con qué, no te olvides.

VIII

Hace algún tiempo, desapareció de uno de los pueblos, de la provincia de donde era originario Felipe Aldama, un muchacho de diez a doce años de edad. Sus padres, campesinos pobres y cargados de familia, apenas hicieron alguna diligencia para averiguar el paradero del prófugo. Tan luego como llegaron a saber que su hijo Pablo, se encontraba en Guayaquil, en casa de un caballero de esa ciudad, casi no volvieron a acordarse de él.

Pablo tuvo buena suerte, porque el señor que le acogió, prendado por el modo de ser des-

pierto y vivaracho del *cholito*, cobrole cariño. Le hizo completar la escuela, y atender con esmero en las varias enfermedades que atacan a los serranos que se trasladan a la Costa, y con las cuales, quedan sepultados allí gran parte de ellos. Después le empleó en el desempeño de distintas comisiones ya en la ciudad, ya en sus haciendas, y todas las cumplió a entera satisfacción de su protector. Fallecido este, pasados algunos años de haberle recogido en su casa, el antiguo sirviente, con la ayuda de varios amigos de su patrón, emprendió en unos cuantos pequeños negocios, en los cuales surgió siempre merced a su actividad, y al instinto con que nacen ciertas personas para calcular el momento preciso en que se debe comprar barato, y en el que se vende con ganancia. Buscando un medio más amplio para sus negocios, recorrió Chile y el Perú, inquiriendo en todas partes en qué se podía traficar, en qué se lograba ganar dinero, guiándose siempre por aquel don, instinto, o como quiera llamarse, que poseen algunos individuos para surgir en lo que emprenden, don que les falta, por lo regular, a inteligencias superiores, las que fracasan en asuntos de interés, en aquellos mismos que fueron un triunfo para talentos nulos o muy medianos.

De regreso a Guayaquil de esta correría, y dueño de un pequeño capital, no se detuvo sino el tiempo necesario para reunir una buena cantidad de sombreros de paja, adquiriéndolos en condiciones ventajosas en Cuenca y Manabí.

Con ellos volvió a embarcarse, pero no ya para el sur. Desde Panamá, ciudad en la que

hizo el centro de sus excursiones comerciales, se dirigió ya a Centro América y Méjico, ya a las Antillas, ya a los puertos del mar Caribe, de Colombia y Venezuela. Por todas partes activo, emprendedor, aunque siempre metódico, y sin arriesgarse en negocios que, si bien podrían convertirle en rico de la noche a la mañana, podían así mismo hacerle perder lo adquirido con tanto trabajo y constancia. En una ocasión, vió el partido que era dable sacar de proveer de víveres a los campamentos del Canal de Panamá, entonces en construcción, y emprendió, con espléndidos resultados, en embarcar novillos gordos adquiridos en los hatos del Corozal; y grandes cargamentos de ñame, el alimento predilecto de los negros antillanos empleados en la perforación del Canal.

Cuando después de este largo vagar de cuatro años, volvió el *chobito* Pablo Solís a Guayaquil, trajo acrecentado notablemente un capital, que se aumentó mas todavía, en un viaje de negocios por la Argentina y el Brasil. Y no era únicamente una fortuna la que adquirió en sus correrías por el mundo americano, sino otra que vale tanto como el dinero: un caudal de experiencia, un conocimiento de las cosas y de las gentes, y un espíritu siempre alerta para observar lo que pasaba en contorno de él. Estas buenas prendas, y las consideraciones que en todas partes se dispensan al personaje adinerado, le atrajeron la amistad y confianza de los hombres de negocios, y las atenciones de un mundo social al que jamás, en otras circunstancias, hubiera

pretendido pertenecer. Lo raro es que Pablo, siempre campechano, no se envaneció con su encumbramiento, antes bien, su buen sentido le ayudó a conservarse en un justo medio: ni ridículamente infatuado, como pasa con tantos insoportables enriquecidos de última hora, ni hizo gala jamás de su humilde origen, que también es otra forma de necio orgullo.

Un contrato de préstamo, en unión de otros capitalistas, celebrado con nuestro benévolo Gobierno, en momentos en que éste se encontraba en apuros de dinero para derrocharlo en unas fiestas, redondeó la fortuna de Pablo Solís, y le constituyó definitivamente en hombre con quien se debía contar siempre en operaciones de alta banca, y otras de igual importancia.

Desgraciadamente, una vida de febril agitación, pasada con frecuencia en climas deprimentes y malsanos, alteraron su salud, y como el diagnóstico de que tenía afectado uno de los pulmones fué confirmado por unas tantas eminencias médicas del país y del extranjero, se vió en la necesidad de trasladarse a Quito, por prescripción de los mismos facultativos.

En el tiempo en que se pasaba lo que voy relatando, hacía ya tres años que habitaba la Capital, en donde logró tan buena acogida, que el señor don Pablo Solís, era solicitado, no sólo en el mundo de los negocios, sino en el de las fiestas y banquetes; y en este último, al que poco se prestaba, se movía con la soltura y corrección de un perfecto caballero, pues sus continuos viajes, el trato con multitud de gentes de diversos países y razas, unido todo esto a su

despierta inteligencia y facilidad asimilativa; pulieron sus maneras y lenguaje, y aunque jamás estuvo en colegios ni universidades, su conversacion era variada, llena de anécdotas recogidas en los diversos países en que estuvo; y en todo caso, mucho más agradable que la de ciertos pedantes, muy ilustrados talvez, pero que se vuelven insoportables, en fuerza de su dogmatismo y de sacar a relucir, venga o no al cuento, cuánto saben, han leído o estudiado.

IX

Don Pablo Solís penetró al Hotel averiguando por Felipe en vísperas de que este se regresara a su tierra. Por entonces, era un hombre que pasaba de los 45 años, pero aparentaba mayor edad a causa de la grave dolencia que padecía, la cual, aun cuando estacionaria, no estaba del todo dominada. La barba rala, los pómulos salientes, y el color moreno amarillento, denotaban su indiscutible origen mestizo. En su frente despejada y en la vivacidad de sus ojos, estaba revelándose una clara inteligencia.

Vestía con pulcritud, y sin rebuscamiento, y en lo que se conocía que a pesar de su humilde procedencia, el mundo y el trato con personas distinguidas, le habían aprovechado, era que no usaba joya alguna, ni siquiera un simple alfiler de corbata, menos todavía anillos con piedras llamativas y valiosas, a que son tan aficionados nuestros plebeyos enriquecidos, por lo cual ponen las manos en continuo movimiento, para que les admiren sus diamantes y rubíes.

—Hombre! exclamó Felipe, con los brazos abiertos, en cuanto vió entrar a Pablo en la habitación que ocupaba en el Hotel, hombre! ya creí regresarme sin verte, lo que hubiera sentido mucho . . .

—Dispéñseme usted, don Felipe, pero solo ayer que volví del campo, supe que estaba usted aquí, y he venido en seguida a saludarle. . .

—Gracias, Pablo, muchísimo te lo agradezco. y, cómo va esa salud . . . ? pues hace poco tiempo me escribiste que no era buena, aunque tu cara no es la de un enfermo.

—Sí, voy viviendo, sin embargo de que el paludismo, y qué sé yo qué otras enfermedades de los mortíferos climas en los que he residido tantos años, me han dsjado con la salud arruinada.

—Vaya, lo siento infinito.

Y por un rato siguió la conversación sobre este tema, luego Felipe dijo:

—Aunque tener buena salud es lo principal, peor sería no gozarla completa, y verse en apuros de dinero, lo que felizmente no te pasa a tí, pues debido a tu trabajo no te has de preocupar por ese lado.

—Sí, don Felipe, no me ha ido mal, no debo quejarme; he trabajado, cierto, pero a veces le ayuda también a uno la suerte, pues pura suerte fué el haberme librado con vida, en un pueblo al sur de Chile, cuando un *roto* por robarme . . .

—Recuerdo que me lo contaste en Valparaiso, en donde nos encontramos, hace años. . . .

--Pero no fue el único escape, porque des-

pués en Veracruz, también por robarme unos sombreros finos . . .

—Percances del oficio . . . en cambio, hoy descansas seguro y muy señor de tu dinero, de lo que te felicito con toda mi alma, porque aun cuando sea de lejos, he averiguado siempre por tí, y te he seguido con el recuerdo en tus correrías por el mundo. Te conocí chico, y sé muy bien que mereces haber hecho fortuna, pues la debes a tu trabajo, constancia y honradez. Pero, como el que ha vivido siempre ocupado no puede descansar, supongo que aquí también has de continuar haciendo negocios.

—Muy pocos se ofrecen por estas tierras; los buenos que son los que se celebran con el Gobierno, ya los tienen monopolizados los amigos de la causa, y los judíos de Guayaquil. Ahora, el que me va tentando, es fundar un Banco . . . ya he hablado con algunos que piensan como yo . . . hay en esto pocos riesgos, y veo que los dividendos de fin de año son estupendos; no le parece, don Felipe . . . ?

—Ya lo creo, por esto, todo el mundo quiere ser banquero, ganar mucha plata, venga como viniere, porque a todo el mundo le ha entrado, no la fiebre de los negocios como pasa con los yankees, sino la fiebre de divertirse, de ostentar como potentados. Me ha sorprendido el ver como una ciudad pobre, como era Quito, va convirtiéndose en otra que parece de millonarios, y esto que por ninguna parte se ve oro ni plata, sino billetes cochinos y *grillos*.

—Pues cabalmente en esto consiste el buen negocio de fundar un Banco, porque al público

se le dan esos papeles mugrientos, en cambio de valores reales y efectivos, como casas, haciendas, fábricas y lo demás. Vaya, fuera de lo bien que suena el que se diga: el señor es banquero, es también un famoso negocio.

—Como lo son todos para usted, don Pablo, dijo desde la puerta, y adelantándose, sonriente, un joven, el cual después de saludar a Felipe y a su amigo, continuó: me sorprende encontrarle a usted aquí, don Pablo, porque el otro día que fui a su casa, me dijeron que se había ido usted a darse una temporada de baños en Tesalia, y que no volvería muy pronto.

—En efecto, así sucedió; pero los tales baños, aunque me sientan bien, van haciéndose imposibles, porque apenas se ha metido uno en el agua, invaden el lugar una porción de mocitos y muchachas que se ponen a jugar en el baño, empujándose, persiguiéndose, en medio de unos chillidos de hacer perder la cabeza, y uno que no está ya para juegos, y que va allí por necesidad.

—Mojigato, dijo riéndose Felipe bien te has de divertir viendo a las muchachas con el vestido que usan hoy para bañarse

—“Cual niñas versallezcas, con senos tanagrinos”, como diría un lírida modernista, añadió el joven, y, oiga usted, don Felipe, es probable que no sepa usted, que don Pablo es muy buscado, y yo conozco unas cuantas muchachas, y dos sobre todo, muy guapas, que le hacen unas caras.

—Hombre, no venga a tomarme el pelo, porque bien sabe usted, que esa buena cara

no es sino porque dicen que soy rico, sino, pobre Pablo Solís ...!

Aquí, ya es tiempo de que le presente al lector al recién llegado. Era éste originario de la misma ciudad de Felipe, y uno de sus muchos ahijados. Los padres de Eugenio, que así se llamaba el joven, ocupaban en su ciudad una modesta posición social, y su fortuna era bastante escasa. Llevados de la corriente que arrastra a muchas de las familias de la clase media, al deseo de que uno de los hijos obtenga un grado académico, y el título de Doctor, se impusieron sacrificios a fin de que Eugenio se trasladase a Quito, a seguir los estudios de Jurisprudencia. El mozo que no era tonto, fué saliendo adelante, y con relativo lucimiento, y cuando le encontramos, le faltaba solo un año para coronar su carrera. Tenía carácter alegre, burlón, un tanto volteriano, por lo cual, tuvo, desde el principio, buena acogida en el medio estudiantil, a pesar de que, por sus pocos recursos, se vió obligado a no tomar parte en aquel movimiento universitario que tiende a ponerse a la cabeza del mundo social, con detrimento de los estudios, y de los bolsillos de los padres de los muchachos.

Aquel día iba invitado por Felipe para almorzar juntos, y como por paisanaje era amigo de don Pablo, los tres se trataban con relativa confianza, sin que las diferencias de edad y posición social, fueran obstáculo en la franqueza que reinaba en la conversación.

—Acompáñanos a la mesa, ¿quieres? le dijo Felipe a Pablo.

—De buena gana lo hiciera, pero la maldita dieta....

—Ya veremos si hay algo que no pueda causarte daño....qué, demonios....! alguna vez no les hagas caso a los médicos, y has de notar que te sienta bien.

—Bueno, acepto, en todo caso seguiremos charlando, y mientras ustedes comen, yo les acompañaré bebiendo agua de Güitig.

En el comedor pudo observar Felipe lo conocido y considerado que era su amigo, pues, de unas cuantas mesas, se levantaron varias personas a saludarle; y hasta un alemán gordo, colorado, con los infaltables lentes, y la servilleta atada al apoplético cuello, se puso de pie y dijo:

—Don Paflo, com está usted ...

—No sé qué picardías andará tramando este pájaro por acá, dijo Solís, una vez que se hubo sentado en su asiento. A este judío le conocí en la Habana en donde, en compañía de un italiano, se dedicaba a traerse muchachas alemanas, húngaras y austriacas.... Qué bien te conozco, gran pillo....! porque, a este mismo, volví a encontrarle en Montevideo en un desfile del Ejército de Salvación A qué habrá venido ... ?

—Talvez a fundar también un Banco, dijo Eugenio riéndose, quizás a dar conferencias; y si refiere que es entendido en finanzas, arquitectura, pedagogía, o simplemente en bailes modernos, ya tiene asegurado su porvenir por algún tiempo. Es extranjero, y por lo mismo, hay que creerle todo lo que diga, y suponer-

le capaz de enseñar cuánto el hombre tiene que aprender.

—No hay duda, siguió Felipe, que el Ferrocarril le ha transformado a Quito bajo diferentes aspectos; antes, se podía contar en los dedos de la mano, los extranjeros que residían aquí, o tal cual de paso, quienes, después de recibir mil atenciones, salían del país echando pestes . . . Hasta un fraile español que logró exhibirle a don Gabriel por las calles de Quito cargando una cruz, hasta ese, luego que se fué, nos dejó como nuevos . . . ¡já . . . ¡já . . . ¡já . . . !

—Y dicen, contestó Eugenio riéndose, que antes no se divertía la gentel. Ahora, de los extranjeros que llegan, a ninguno le va mal, con tal que sean un poco charlatanes. Y qué gentes nos vienen! *ilustres* periodistas; viajeros y andarines que, después de recorrer a pie el mundo entero, por mar y tierra, van a ganarse millones al fin del viaje, fuera de otros millones que les han de producir los importantísimos libros que se proponen escribir, para lo cual, por desgracia, les van a faltar las notas, certificados y documentos que, infaltablemente les robaron no sé en dónde, después de darles una tunda de palos . . . De los conferencistas, ni se diga, pues los hemos visto que, además del discurso o conferencia, recitan versos, cantan y bailan, amenizando la función con vistas de cine. También nos han visitado, algunos que resultaron falsificados . . .

—Hombre, no exageres, exclamó don Pablo riéndose.

—No digo sino la verdad . . . Uf! la gente que nos viene . . . ! a admirar nuestros cerros, a

deleitarse con nuestras maravillas de arte, a ponderar lo felices que somos, a envidiarnos los grandes hombres que tenemos: y todos, al despedirse emocionados, nos dicen que se llevan recuerdos inolvidables.

—Solamente que muchos de esos recuerdos, interrumpió Felipe, son recuerdos efectivos, pues, por lo que he leído en los periódicos, han salido del país en esa forma, verdaderos tesoros en antigüedades y obras de arte; porque, de creer lo que dicen los entendidos, Quito encierra mayor número de maravillas de arte y vejeces, que una antigua ciudad italiana.

—Jamás hemos de dejar de ser exagerados, comentó Solís.

—Ciertísimo, y yéndonos siempre a los extremos; y en este punto de que hablamos, es de oír las opiniones que corren: para unos, el Quito viejo es un contrasentido, un insulto a esta época de civilización y progreso; habría que cambiarlo todo, hasta el plano desigual de la ciudad, el nombre mismo, pues debería llamarse "Quito City", o "Quitoville", terminando todo por un auto de fe de cuánto viejo existe, y por el destierro perpetuo a Galápagos o el Oriente de cuánto cholo o indio de poncho y reboso, se encuentre en veinte leguas a la redonda, para sustituirlos con otros quiteños importados que sean blancos, rubios, y que vistan smoking, americana y hongo. Para los otros, todo adobe viejo, toda piedra gastada; ah! un recuerdo inestimable; así como, cualquier marmarracho ahumado, un informe borrón negro, descubierto en una chichería, un prodigio del

antiguo arte quiteño. No hay duda, que en esto hay mucho y muy bueno; pero no todo, por ser *colonial*, palabra de que se abusa hasta producir dentera, ha de ser digno de un museo.

—Y no sólo exagerados, continuó Felipe, sino que también somos aficionadísimos al exhibicionismo, y al bombo, tanto en lo público, como en lo privado: apenas se inicia un proyecto, y se trata de realizarlo, inauguración, discursos, grupos fotográficos, que luego reproducen los periódicos en forma de manchas de tinta, seguido todo de ditirambos y epítetos que rivalizan con los que emplean los programas de Cine, que es cuanto hay que decir en punto a exageración.

—Y qué me cuenta usted don Felipe, de la otra afición que tenemos a copiar lo que pasa en otras partes, por supuesto, no lo bueno? Por imitar, por pura novelería, quisimos que haya cuestión social, huelgas, proletariado, pues bien, ya estamos servidos estos platos.

—Pura vagabundería, exclamó Solís exaltándose, póngase todo el mundo a trabajar, los vagos busquen en qué ocuparse, que aquí hay campo abierto para el que quiera emplear sus fuerzas. Ustedes saben quién fui yo; pero me moví para distintos lados empujado por la necesidad. Ahora puedo vivir tranquilo, contento con lo que tengo, sin envidiar a nadie.

—Pero a usted si le han de envidiar, dijo Eugenio, y le han de tachar de explotador del pueblo, y cabalmente los que jamás se han ocupado en nada, los que nunca han querido buscarse honradamente la vida; muchos de ellos, eternos pretendientes a los empleos públicos, y que si

alguna vez los consiguen, los despiden a los pocos días, por inútiles, ociosos y bribones. Esos gritan más alto que nadie, porque querrían mucho dinero para pasarse la gran vida sin hacer nada. Ellos las víctimas del capitalismo, ellos los jefes de nuestro risible socialismo.

—Pero como quiera que sea, continuó Felipe, las tales imitaciones van volviéndose peligrosas; fuera de estas, hay también otras, que de aquí, se han ido como contagio, hasta los pueblos más tristes de las provincias, y que resultan ridículas en alto grado. En un anejo de pocas chozas, cerca de mi fundo, dizque hubo, no hace mucho, Corso de flores, con qué, cómo...? no lo sé, porque allí no hay coche, carreta, ni siquiera carretillas. En otro, nombraron Reina del pueblo, a una *chagra*, barragana de los hacendados, vecinos; y como todo esto se termina con borracheras fenomenales, van popularizándose más y más las fiestas de cultura moderna.

Y siguió la conversación sobre este y otros temas, y principalmente, respecto del ansia que se había despertado en todo el mundo para llevar una vida de goces y placeres, hasta en familias y gentes que no se sabe de donde sacan el dinero para satisfacer aquellas ansias.

—Ignoro de dónde, dijo don Pablo, pero lo consiguen, probablemente *sabteando*, entrampándose a diestra y siniestra, o desfalcando fondos públicos, sistema muy socorrido en el día, pues deja buenas utilidades con pocos riesgos.

—Diga usted, ninguno, don Pablo, porque no he sabido hasta hoy, que ni a un solo desfalcador le hayan metido a la cárcel.

—A propósito, interrumpió Felipe. ustedes, que por lo que les oigo, saben cuánto se murmura y comenta en Quito, qué me dicen de mi amigo Revelo, el *sipo* Revelo como lo llama todo el mundo...? porque el otro día, aquí mismo, en esa mesa, hablaban unos individuos de un próximo escándalo que iba a dar el *sipo*.

—Voy a decirle lo que sé, contestó Eugenio, y algunos detalles los tengo de un discípulo mío, de Guaranda, que vive en el cuarto del zaguán de la casa del *sipo*. En Quito, nadie ignora que esa familia gasta dinero como si fuera dueña de una gran fortuna. Los tés, las reuniones, almuerzos y convites, son frecuentes. A la Juanita, se la ve vestida siempre como un figurín, comprando lo más costoso que llega a los almacenes de lujo, sin pararse en el precio. La mujer del *sipo*, esa *chola*, reventando de orgullo y pretensiones, también gasta duro: haciendo fiestas en las iglesias de tono; abonándose, de las primeras, a las temporadas de teatro, cuando los precios se van por las nubes; y consiguiendo que le manden palco en los beneficios dedicados a gentes ricas y nobles; o, en fin, enviando obsequios valiosos a las señoras de la aristocracia, de quienes asegura que es gran amiga, y que, sin embargo, jamás le retribuyen los regalos. En cuanto a Enriquito, a ese sí le conozco muy bien. Hoy, que la vida de estudiante va volviéndose casi imposible para los pobres, él, con tantas ínfulas como la mamá, boja plata como un banquero que tiene fábrica de billetes. Ahora, el *sipo* anda fundiendo los mundos por conseguirle una beca en Europa o Estados Unidos,

para estudiarvaya, lo que fuese, o mejor dicho, nada; porque, lo que importa es que el mozo se vaya a esas tierras, para que su familia ande por calles, plazas y salones repitiendo: mi hijo, o mi hermano, está ya en París; Enrique escribe de Madrid; Enrique se ha embarcado para Nueva York, pues para nuestros burgueses, ha llegado a ser timbre de orgullo, tener hijo en el extranjero, aunque para ello haya que empeñar o vender la casa, la hacienda, o contraer deudas en grande

—Y si a estas calamidades, se agrega, dijo don Pablo, riéndose, la de que el viajero regrese casado con una *gringa*, y vea ella que todo, desde las costumbres de su nueva familia, hasta lo mejorcito que podemos mostrar, es diferente de lo de su tierra, entonces ya tiene esa familia para divertirse.

—Pablo, es muy cierto lo que dices, porque yo conozco algunas de esas *gringas*, que, trasladadas acá, al principio se encantan con la vista de los cerros, con el clima, y hasta el vestuario de los cholos y los indios les llama la atención, porque dicen que es muy *interesante*; pero, a poco les entra el fastidio, la nostalgia, y entonces echan pestes del clima siempre igual, suspirando por los inviernos oscuros y helados, y los veranos en los que se mueren las gentes con insolación. Echan pestes contra el vestido antes pintoresco, pero que hoy lo encuentran asqueroso y mugriento de los cholos y los indios, y todo esto, apoyado por el sopenco del marido que también echa maldiciones contra su propia tierra.

Terminado el almuerzo, por largo tiempo siguieron los tres amigos su conversación de sobremesa. Al fin, Felipe acabando de tomar su copa de Cognac, dijo:

— De todo esto, lo que se desprende, es que lo que pasa actualmente, esa ansia loca de divertirse, de olvidar como un mal recuerdo, las antiguas costumbres, tenía que suceder tarde o temprano, no solo, por la natural evolución de los pueblos, sino, porque con el Ecuador ha sucedido lo que con los hijos de ciertas familias, que se crían en medio de una rigidez de costumbres que no pueden ni reírse, ni siquiera hablar en alta voz; o lo que con esos mozos, que han permanecido años y años en un convento con la resolución de hacerse frailes. Salen un día de la casa o del convento, y se desbordan, cometen escándalo sobre escándalo, beben como cuatro, persiguen a cuanta mujer cruza por la calle sin reparar que sea fea o bonita; nada les contiene. Así, ha pasado con nuestro país, que por largos años, vivió convertido en convento, rezando, dándose golpes de pecho, y medio ahogado por una atmósfera de hipócrita misticismo. Ahora trata de recuperar el tiempo perdido, esto es todo.

— Lo malo que hay en lo que usted dice, repuso Pablo, es que el lego salido, tiene poca plata para divertirse a la moda de París, y sin dinero.

— Vaya, se trampea, se roba decentemente, pues hay varias maneras de robar, y la decente, es la que mejor produce, sin causar el escándalo que las otras; y en todo caso, como en el Ecuador, los que se divierten a la moderna, son relativa-

mente pocos, allí está el millón y medio de cholos e indios, que sudan, trabajan y pagan para que se pasen buena vida esos privilegiados. Ellos lo costean todo, y sin ellos, dígase lo que se quiera, nos moriríamos de hambre y desnudez.

—Ciertísimo, dijo Eugenio, porque esos indios y cholos, contribuyen hasta a costearme a mí, y a varios otros, nuestra educación universitaria, y nuestro grado de Doctor, con el cual, después, les ajustamos el tornillo.

—Ni más, ni menos, concluyó Felipe, levantándose de su asiento, y seguido de sus amigos, salió del comedor.

EPILOGO

Al Señor Don Felipe Aldama.

Mi respetado padrino:

.....

.....

Por los periódicos se ha de haber impuesto Ud. de que, entre las consecuencias del cambio político del mes anterior, el nuevo Ministro de Hacienda, ha querido averiguar lo que había de verdad en lo relativo a ciertas Tesorerías y Colecturías, de cuyo mal manejo se viene hablando desde hace tiempos. Hasta hoy, se han descubierto muchos chanchullos y desfalcos, y de éstos, uno de los más gordos, ha sido el del *sipo*

Revelo, amigo de Ud. Se dice que la cosa pasa de cien mil sucres, y que le van a meter a la cárcel hasta que pague, que, por cierto, serán los fiadores los que tengan que hacerlo, porque el *sipo* dizque está arruinado por completo; la casa, el futuro chalet, todo embargado por otras deudas.

El día que se ha hecho público el desfalco, en la casa del *sipo* ha ocurrido un escándalo fenomenal, según me ha contado el estudiante que vive allí. La mujer, olvidando sus humos de gran señora, y mostrándose en su estado de *chola* al natural, se ha desatado en insultos atroces contra su marido, delante de los hijos, que ninguno ha dicho una palabra en defensa del padre; al contrario, Enrique, englobando en el insulto a su madre, aullaba: es un crimen tener hijos, si no se cuenta con lo necesario para hacerles vivir con decencia. Todo esto, en alta voz, a gritos, de manera que los vecinos, y mucha gente que pasaba por la calle, atraídos por el alboroto, han entrado al zaguán, y han oído hasta la última palabra de lo que se decía.

Por supuesto, que en la casa ya no hay tés ni reuniones, ni sus dueños son invitados a fiestas ni banquetes, porque, como sucede siempre, han desaparecido los amigos, y antes que ninguno, el que creían pretendiente de *la Juanita*. A Enrique se le evaporó la beca para ir a estudiar poesía en Europa, y por ahora, se ha convertido en furibundo comunista, y anda diciendo por todas partes, que el país necesita el régimen soviético, para ahorcar a los ricos que son las sanguijuelas del pueblo.

En cuanto al pobre *sipo*, estoy yo con los que creen que no ha guardado ni un centavo, y que todo ha desaparecido en las bambollas de su familia; porque, en caso de haber ocultado el dinero que le falta, buen cuidado habría tenido de fugar fuera del país, como lo han hecho tantos otros en circunstancias parecidas; lo que, francamente resulta lo mejor, puesto que, siendo nuestro país tan fácil y pronto de olvidar, lo mismo que condenó o censuró, a vuelta de no mucho tiempo regresa el prófugo, no sólo limpio de culpa y pena, sino que, como al hijo pródigo, se hace fiesta en honor suyo, y hasta le descubren méritos que antes no sospechaban. Cosa igual a la que sucede con algunos individuos muy listos que han hecho de las bancarrota la base de sus negocios; de cada una de ellas se levantan más pujantes y respetados, y se ven solicitados para consejeros en asuntos de finanzas. Me parece, además, que van modificándose los sentimientos y principios de honradez y moralidad, en lo que respecta a defraudación de fondos públicos, pues alzarse con estos, no trae la vergüenza que si fueran los de un simple particular. En el un caso, se llama el acto robo, en el otro, desfalco o defraudación, lo que parece que es bastante diferente; en el un caso, mete uno las manos a los bolsillos, si en ellos tiene valores; en el otro, extiende la misma mano al defraudador sin repugnancia ni recelo; cuestión de nombres.

Respecto a lo que los garantes del *sipo* tengan que reembolsar al Fisco, también es sólo cuestión del tiempo, y de saber esperar un Congreso en el que haya una mayoría, a la cual los

interesados lleguen a disponer favorablemente, empleando medios ya conocidos y practicados en casos parecidos, a fin de conseguir la devolución de lo cobrado por el *supuesto* desfalco; con lo cual aquellas mayorías proceden de acuerdo con aquel profundo axioma que dice: hoy por tí, mañana por mí.

.....
Siempre de usted con el mayor cariño y respeto, su ahijado

Eugenio Silva.

FIN

Ambato, Septiembre de 1927.

